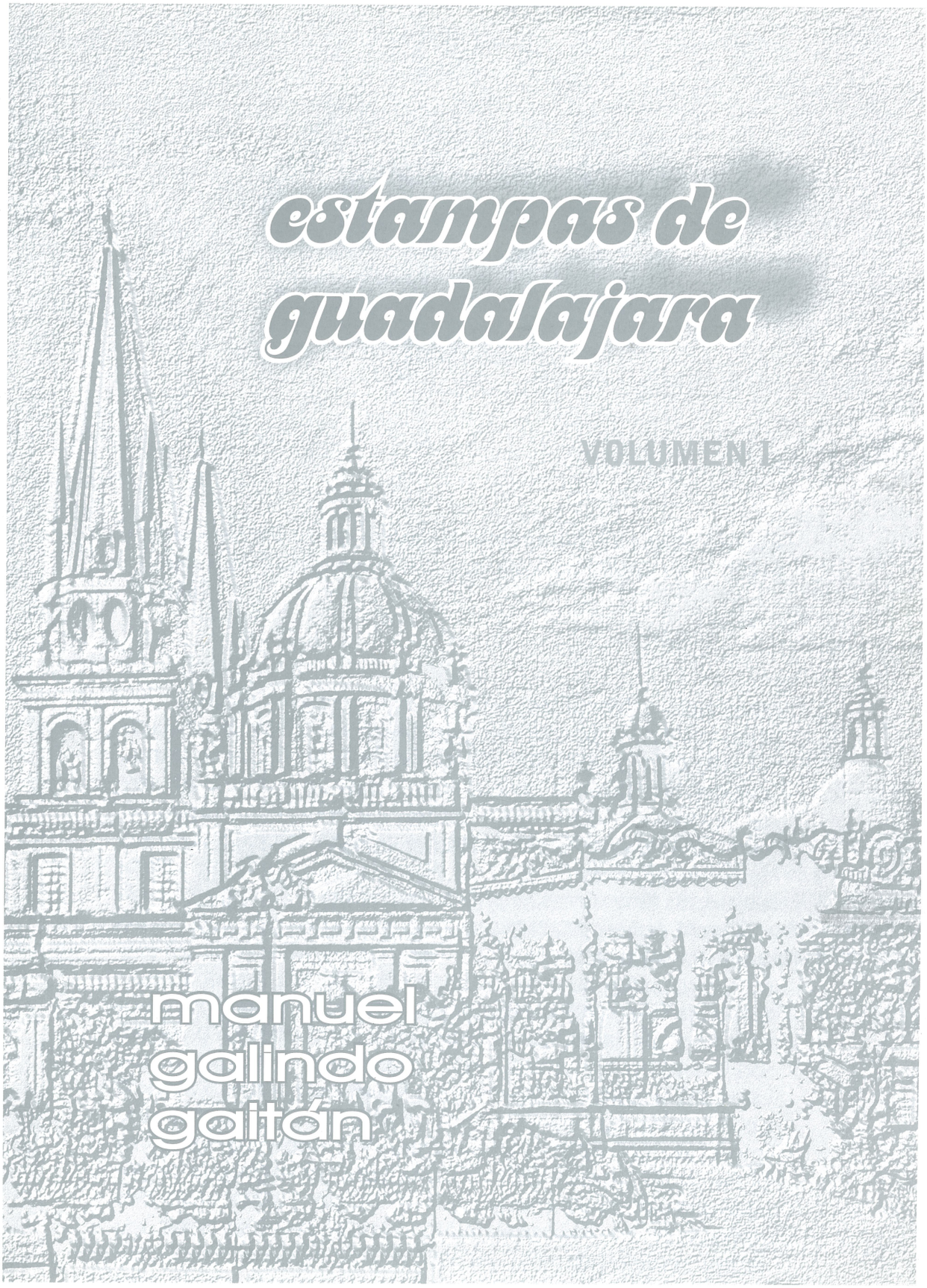
estampas de guadalajara

VOLUMEN I

manuel galindo gaitán

estampas de guadalajara

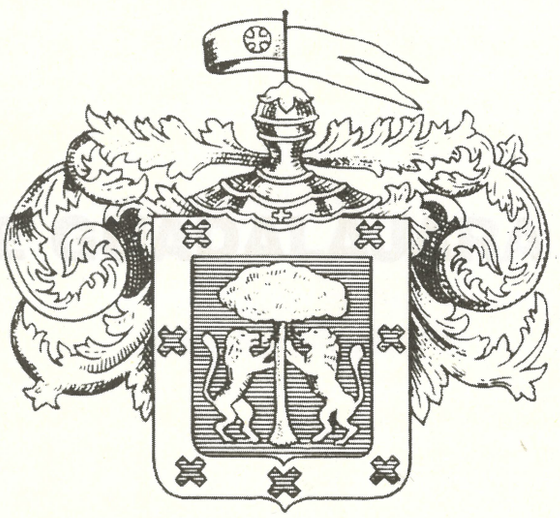
VOLUMEN I



manuel galindo gaitán

ESTAMPAS DE GUADALAJARA - VOLUMEN I - PRIMERA EDICION - Se terminó de imprimir el 24 de abril del año 2002 en **EDICIONES PACIFICO, S. A.**, Angulo 746, Guadalajara, Jalisco. Consta de 2000 ejemplares, con número de registro 03-2002-022117413600-01 otorgado por el Registro Público del Derecho de Autor, INDAUTOR - SEP, por lo que queda prohibida su reproducción total o parcial, sin previa autorización.

SEGUNDA EDICION, consta de 1000 ejemplares, se terminó de imprimir el 1 de noviembre del año 2004



Cédula Real por la cual se concede oficialmente Escudo de Armas a la ciudad de Guadalajara en la provincia de Galicia en la Nueva España:

Cédula imperial.- «Don Carlos, por la divina clemencia emperador de los romanos, augusto rey de Alemania; doña Juana su madre y el mismo Carlos por la gracia de Dios reyes de Castilla, de León... Por cuanto Santiago de Aguirre, en nombre del concejo, justicia y regidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la ciudad de Guadalajara, que es en la provincia de Galicia de la Nueva España... Nos suplicó mandásemos señalar armas a la dicha ciudad... Nos... tuvímoslo por bien, y por el presente... Mandaos que agora y de aquí adelante la dicha ciudad de Guadalajara haya y tenga por sus armas conocidas un escudo, dentro (dos) leones de su color, puestos en salto y arrimadas las manos a un PINO de oro, realzado en verde, el campo azul y por la orla siete arpas coloradas y el campo de oro, y por timbre un yelmo cerrado, y por divisa una bandera colorada con una cruz de Jerusalem de oro, puesta en una vara de lanza con sus trasoles, dependencias y follajes de azul y oro, según que aquí van bien pintadas y figuradas... Dada en la villa de Madrid, a los ocho días del mes de noviembre, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil quinientos y treinta y nueve,- Yo, el Rey. Yo, Juan de Sámano, secretario de sus cesáreas y católicas majestades, la fice escribir por sus mandados.- El Dr. Beltrán; Joannes, episcopus lucéntibus.- El Dr. Bernal.- El Lic. Gutiérrez Velázquez...»

ESTAMPAS

DE GUADALAJARA

Prólogo

Por la enorme responsabilidad que entraña, y la inmensa satisfacción que proporciona la publicación de un libro como el presente, se hace necesaria una mínima presentación para dar al lector las razones que lo generaron.

Para quienes hemos dedicado la mayor parte de nuestra vida a la tarea de comunicadores, el inicio del siglo XXI revela singulares características en la configuración del entorno social que como el de nuestra Guadalajara, mantiene su lucha por ser protagonista de un cambiante país en donde lo propio y natural se volvió dependiente y antagónico, lo prudente y de buen ver quedó en los anales de lo ocioso; la tecnología en los distintos canales de la comunicación ha sobresaturado la capacidad de asimilación y la imagen, finalmente, con la muy particular interpretación de cada persona, es la norma preferida del percibir y entender, olvidándonos casi del buen decir, del buen explicar y un buen comprender que resultan tediosos, monótonos y cansados, y por consiguiente despreciados. Se preconiza una imagen, sea cual fuere el criterio con que se perciba, se juzgue, se interprete, se valore o se quiera entender.

Un nuevo lenguaje impuesto por las evoluciones y

transformaciones en las formas de vida en sociedad es el que hoy se privilegia en las relaciones humanas y aunque difícil de asimilar, es imposible negar que ahora lo importante es darse a entender, sin importar que sea valiéndose de gesticulaciones, señas, deformaciones idiomáticas, malas comparaciones, silogismos o incongruencias, si al final es más elocuente quien se hace entender y no quien con toda propiedad sabe conjugar los cientos de verbos irregulares del idioma más rico del universo al exponer una idea.

Bien sabemos que, sin menospreciar lo bien dicho, es la imagen lo que hoy configura la mejor manera de comunicarse, es por ello que en un intento por hablar de tiempos pasados, no mucho, porque la fotografía es un gran recurso que apenas si empieza a envejecer, presentamos esta serie de imágenes que hablan de otros momentos, que fueron parte de la presente ciudad capital de Jalisco. Valga esta colección para despertar recuerdos de quienes vivieron épocas más inmediatas a ellas o para conocimiento de quienes inmersos en el nuevo ambiente de la gran ciudad, se preguntan de dónde procede este hábitat, tan bueno o tan malo, tan efectivo o tan deficiente, tan justo o tan inequitativo como pueda ser para cada uno de los que formamos parte de esos millones de seres humanos que dependientes unos de otros, nos encontramos reunidos en esta metrópoli que en un día del mes de febrero del año 1542 se fundó, no para albergar grandes centros comerciales, industriales o educativos, sino para llamar al orden y la paz, al resguardo de una cada vez más temida contragresión o contrainvasión, como quiera entenderse, de los auténticos dueños del lugar.

Hace pocos años Guadalajara tenía una forma muy distinta de vida, parte de lo que de ella queda, sólo son imágenes, algunas las contiene este libro dedicado con todo respeto a los auténticos tapatíos, entre ellos y con todo orgullo, a mi esposa y a mis hijos.

Manuel Galindo Gaitán

Introducción:

Si aceptamos que lo trascendente de la historia es la relación del hombre con el pasado, incluida la constante variable del concepto distancia, de acuerdo a lugar y tiempo, el presente cobra la justa dimensión de su valor efímero ya que cada instante el hombre cruza la frontera hacia el pasado que se vuelve historia sin oportunidad de cambio; lo demás depende de quien se ocupe de ella para disfrutar el embeleso de conocer la vida, donde un juicio sano y disciplinado hace imposibles las modificaciones, conduciéndonos al conocimiento exacto de la conducta humana a través del tiempo, sustento del fugaz presente.

Sólo así es posible comprender cuánto valen los rastros y vestigios del pasado que en su florecimiento tuvieron un significado importante para quienes los construyeron o instituyeron y más aún, aquellos que han trascendido y son un símbolo, una identidad. De estos monumentos Guadalajara por fortuna tiene los propios, tal es el caso de su iglesia Catedral, del Hospital de San Miguel de Belén; la antigua y auténtica Casa de Misericordia hoy desvirtuada como Instituto Cultural Cabañas; el Teatro Degollado; la vieja Alameda, hoy Parque Morelos; el parque Agua Azul, San Sebastián de Analco, el templo y mercado de San Juan de Dios donde nació la auténtica casta de tapatíos; el viejo Seminario de San José, hoy Museo Regional; el conjunto de San Francisco, San Miguel de Mezquitán, el abandonado Panteón de Santa Paula o de Belén, la parroquia de Mexicaltzingo y otros más recientes y aún los desaparecidos, como la Cárcel de Escobedo, la antigua Real y Literaria Universidad de Guadalajara, la vieja estación de los ferrocarriles; el Hospital de la Vera Cruz, luego de San Juan de Dios, uno de los primeros en el continente; los conventos del Carmen y Santo Domingo, los edificios de la Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara, del hotel San Francis, el Genoveva y tantos más borrados del haber tapatío por la ambición que llevada de la mano de su hermana la ignorancia, cegó para las futuras generaciones la constancia de una época en la historia de nuestra ciudad.

Guadalajara tiene una pródiga historia de cambios urbanos que en aras de un pretendido progreso económico sacrificó gran parte de su pasado para enterrarse en la miseria de lo intrascendente. Es aquí donde

surgen como documentos testimoniales de inmenso valor, todas aquellas imágenes que nos hablan de la historia gráfica, la más confiable, de al menos los últimos ciento sesenta años de vida en nuestra ciudad.

Guadalajara, la que nació y ha vivido con innegables controvertidos desatinos sociales ya que se le otorgó el título de ciudad sin tener sus peregrinos fundadores tan siquiera suelo firme y seguro donde pisar, los que buscando un sitio donde sentirse protegidos para asentarse confiados y tranquilos escogieron un valle agrícola para construir sus moradas sobre inestable e inseguro suelo arenoso, dentro de una zona de alto riesgo sísmico, donde la pobreza de sus entrañas fue desconsuelo para la ambición de los llamados conquistadores, por carecer de metales preciosos, razón suficiente para que al poco tiempo la mayoría de ellos la abandonara; donde la escasa agua de los manantiales elegidos para abastecer a la población era insalubre y sólo servía para dar de beber a los animales y lavar ropa, ahí, precisamente ahí, sin acta de nacimiento oficial, sentó sus reales la cuarta y última Guadalajara, la nuestra, la de hoy, la que con más de 450 años de vida todavía no encuentra el certero camino de su estabilidad y desarrollo, ya que mantiene su crecimiento anárquico y sin freno, fruto de esa ignorancia y ambición de quienes sólo ven en ella tanta nobleza que les permite aprovechar lo que consideran una buena oportunidad para su beneficio personal.

Guadalajara es leal y noble ciudad, principalmente por mantenerse en pie a pesar de los ingratos embates de destrucción que la naturaleza humana le ha inferido por varias generaciones y que aún persisten en seguir deteriorándola.

La que tal vez a mediados del siglo XX vivió su mejor momento en la historia, hoy en evidente declinación, lucha por mantenerse en pie con lo poco que le han dejado y al hablar de ello es imposible iniciar toda retrospectiva en otro sitio que no sea su iglesia Catedral. Razones: independientemente de lo que quiera definirse como religiosidad, la figura de sus torres, carentes en realidad de un arte clásico y sí en cambio dueñas de una forma diferente, que no original, de las catedrales edificadas durante la Colonia, se ha convertido en un símbolo de identidad que ha trascendido nuestras fronteras para sumarse con aquellos que en el mundo anuncian o recuerdan la presencia de México. Su figura, junto al traje charro, son viva imagen de México.

Símbolo de identidad humana, esta catedral cobra vida, se convierte en monumento con sentido, personalidad y punto de partida a cuanto de la existencia de una ciudad como la nuestra se quiera saber.

Todo principia cuando Nuño Beltrán de Guzmán, quien fuera presidente de la Real Audiencia de la Nueva España, donde cometió incontables crímenes y abusos contra los indígenas, al grado de tener que huir hacia el occidente de las tierras en conquista, sabedor del inminente regreso de Hernán Cortés procedente de España, con la orden de apresarlo y enjuiciarlo, se lanzó a la aventura en búsqueda tenaz y necia de riqueza fácil y rápida poniendo en práctica todos sus métodos de crueldad. Fue así como cometió con toda saña el crimen contra el rey de los purépechas: Caltzontzin,

en enero de 1530, a quien exigía la entrega de tesoros que ya los soldados de Cortés habían recolectado. Se antoja pensar que Nuño Beltrán de Guzmán, quien fuera un hombre allegado a la corte española donde contaba con amigos y era distinguido con los favores del rey, vino a la Nueva España anidando en su espíritu el rencor con que los iberos resumían el haber padecido ocho siglos la dominación de los moros, 800 años de dominio que ahora empezarían a cobrar en el nuèvo continente donde les tocaba a ellos ser los dominadores. Es preciso también entender, que no fueron los hombres más cultos y sensatos los que emprendieron la aventura para conquistar las nuevas tierras, sino los codiciosos y perversos aventureros a quienes con gusto la sociedad española veía desaparecer y quienes lejos de ocuparse de evangelizar indios, enseñarles su idioma, transmitirles su cultura, sólo vieron en ellos la razón de satisfacer su avaricia de riqueza en metales preciosos, en dominio de esclavos, en explotación de seres humanos haciendo uso de la brutalidad para arrancarles cualquier indicio de riqueza material, ya que el nombre de Dios sólo fue bandera o escudo utilizado para cubrir la pobreza y bajeza de su condición humana. Cabe aquí mencionar los lamentos que hacia Fray Juan de Zumárraga ante su majestad el Rey de España al señalarle que «los malos ejemplos que todos comúnmente por la mayor parte han dado por esta tierra», refiriéndose en buena parte a clérigos que en España les concedían favores para pertenecer a órdenes religiosas siendo en realidad personas indeseables ante la oportunidad de deshacerse de ellas enviándolas a los nuevas tierras conquistadas, y si esto sucedía con sacerdotes en un país donde la religión era sumamente respetada, qué podía decirse de aquellos que eran autorizados para ejercer la autoridad civil o ingresar al servicio de las armas reales.

Nuño Beltrán de Guzmán mandó a Francisco Verdugo el 18 de enero de 1531 a que fundara la Villa del Espíritu Santo en las inmediaciones de la ahora ciudad de Tepic, la cual sería capital de lo que él pretendía se llamara «La Mayor España», con la intención de superar en méritos, poder y tierras conquistadas a Hernán Cortés. Sin embargo el rey de España negó la autorización para que tal propósito se cumpliera y ordenó que la población fundada llevara el nombre de Compostela y a todas las tierras conquistadas en el occidente se les impusiera el nombre de «Nueva Galicia», terrible golpe para la ambición de Nuño de Guzmán que así confirmaba ya para ese entonces su repudio en la corte. Sin embargo esperó hasta el día en que se festeja a Santo Santiago, para fundar oficialmente lo que fue la población de Santiago de Galicia de Compostela, hoy Tepic, donde se dio asiento a la capital de la Nueva Galicia.

Posteriormente a través del capitán de su ejército, Cristóbal de Oñate, quien a su vez delegó la orden en su hermano, el también capitán Juan de Oñate, dispuso que se fundara la Villa de Guadalajara en las proximidades de Nochistlán, en el hoy Estado de Zacatecas, el 5 de enero de 1532 y de la cual fue Alcalde Mayor el propio Juan de Oñate. Ahí, en ese lugar y en esa fecha nació la primera Guadalajara de México, misma que un año después, el 19 de mayo de 1533, por 19 votos contra cuatro, el Cabildo manejado por Nuño de Guzmán decidió trasladar la ciudad a Tlacotán que eran tierras pretendidas para su beneficio por Juan de Oñate, por lo que desatendiendo las órdenes originales, decidió tomar asiento en Tonalá, lo

cual ocurrió el 8 de agosto de 1533 y nació así la segunda Guadalajara. Esta decisión causó gran enojo a Nuño de Guzmán quien codiciaba estas tierras para su feudo personal, en su propósito de rivalizar en posesión de tierras con Hernán Cortés quien había sido nombrado Marqués de Oaxaca por los reyes de España. Por este motivo obligó a sus moradores a cumplir la orden de trasladarse a Tlacotán, cerca de la Barranca, lo cual aconteció el 12 de marzo de 1535 a donde fue a parar y ser fundada Guadalajara por tercera ocasión y por el mismo Juan de Oñate. En este lugar permaneció durante seis años, hasta el 30 de septiembre de 1541 cuando el Cabildo reunido en sesión recibió el airado reclamo de sus habitantes por la inseguridad en que vivían, especialmente de doña Beatriz Hernández la que un día antes hacha en mano defendió su vida enfrentando a un jefe indio durante el cruento embate de los dueños de estas tierras, y fue así como se determinó emprender la huida de regreso a Tonalá una semana después, dando gracias al Arcángel San Miguel festejado precisamente un día antes, 29 de septiembre y a quien estaba consagrada la ciudad, razón por la que le atribuyeron la gracia de quedar con vida tras soportar aquel severo ataque de los indios de toda la región que mataron a gran parte de los 87 soldados que defendieron las trincheras de españolas, así como a miembros de sus familias y sembraron el terror entre los sobrevivientes, así una vez más se prolongaba el peregrinar de quienes habían caído en el espejismo de tener riqueza fácil en corto tiempo y ahora tan sólo buscaban un sitio donde poner a salvo sus vidas.

Los ya muy pocos vecinos de la diezmada Guadalajara emprendieron el regreso, sin saber sobre el paradero de Nuño de Guzmán quien en 1536 emprendió el viaje a la ciudad de México a presentar sus respetos al primer Virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, quien había llegado hacia ya casi un año, cosa que nunca logró ya que fue apresado el 12 de enero de 1537, permaneció cautivo hasta ser enviado a España en julio de 1538 de donde jamás regresaría, ya que fue sometido a juicio, exigiéndole responder por sus crueldades cometidas en la Nueva España.

Llegado a Tetlán el grupo procedente de Tlacotán emprendió la desbandada, unos con destino a Tonalá, otros a Tlaquepaque. Más tarde se reclutarían voluntarios para venir a fundar la cuarta Guadalajara en el Valle de Atemajac, luego de reconocer zonas como Toluquilla, los Colomos, el Colli y escoger la peor de todas: los manantiales del Agua Azul y su río llamado primero de Guadalajara y posteriormente de San Juan de Dios.

Si bien se afirma que la última Guadalajara se fundó oficialmente en 1542, sin ponerse de acuerdo los historiadores en la fecha exacta si fue el 14 ó el 15 de febrero, y aún cuando los 63 iberos que fueron reclutados para fundarla se encontraban ya en posesión de sus lotes asignados desde octubre de 1541, la capital de la Nueva Galicia seguía siendo Compostela, hoy Tepic, donde residía oficialmente la Audiencia autoridad civil de ese entonces, la cual fue nombrada por voluntad del Rey el 13 de febrero de 1548, este tribunal encargado de impartir la justicia y sobre todo de registrar y controlar la producción de plata para retener la parte correspondiente a la corona española, siguió los pasos de su similar en la Nueva España y escribió sus propios negros historiales al grado de haber provocado la huida de los habitantes de Compostela despoblándola, ya que no

soportaron la carga de abusos y delitos cometidos principalmente por su presidente Lorenzo Lebrón de Quiñonez.

Fue hasta el 10 de mayo de 1560, en que por orden real se autorizó el cambio de sede de la capital de la Nueva Galicia a Guadalajara. La Real Audiencia hizo su entrada el 10 de diciembre de ese mismo año, encabezada por don Pedro de Morones quien había sido enviado por el Virrey para someter al orden a los integrantes de ese tribunal. Fueron recibidos los oidores por Juan de Saldívar, pariente de Cristóbal de Oñate y dueño del primer molino que se instaló a la margen poniente del río San Juan de Dios para aprovechar la corriente de sus aguas y que por tanta fama que tuvo entre los indios, sobre todo de Mexicaltzingo y Analco, Guadalajara estuvo a punto de perder su nombre por el de «El Molino» como en realidad reconocían a esta ciudad los lugareños que comparativamente en número eran mucho más que los españoles. Este Juan de Saldívar después de mostrarles la ciudad les brindó hospedaje en su casa ubicada en donde ahora se encuentran los portales frente a Palacio de Gobierno, los más antiguos de la ciudad. Es de señalarse que junto con los miembros de la Audiencia venían el Obispo don Pedro de Ayala, el Deán don Bartolomé de Rivera y varios canónigos. El regidor del Ayuntamiento, don Andrés Villanueva fue quien finalmente hizo entrega oficial de la ciudad señalando: «Aquí la entregamos a vuestras mercedes como a gobernadores que son para que sirvan de ampararla y representen a la persona real, y les suplicamos seamos mejor tratados que fueron los vecinos de Compostela, por lo cual se despobló aquella ciudad y ha sido causa de que vengan a ésta, y a nuestro refugio y amparo, donde serviremos a vuestras mercedes con todas nuestras fuerzas como siempre». Finalmente, el 7 de enero de 1561 se fijaron en las puertas del Palacio de la Audiencia que era el edificio de las primeras casas consistoriales, las ordenanzas por medio de las cuales Guadalajara quedaba oficialmente constituida en la capital del Reino de la Nueva Galicia.

Cuando se fundó por cuarta vez la ciudad, sin poder asegurar tampoco si el actor central de este hecho fue el por entonces gobernador de la Nueva Galicia: Cristóbal de Oñate o el primer Alcalde de Guadalajara, capitán don Miguel de Ibarra, con el atestiguamiento presencial del Virrey don Antonio de Mendoza quedó establecida esta nuestra gran ciudad, la más importante de todo el occidente. Desde el primer momento la distribución de terrenos se hizo a partir de un trazo de la plaza que se señaló como centro de la ciudad, la cual quedó ubicada al norte de donde se construyeron las Casas Consistoriales, sede del Ayuntamiento, sitio que actualmente ocupa un edificio que alberga oficinas de juzgados civiles, hacia el lado oriente del templo y exconvento de San Agustín. Los terrenos más cercanos se reservaron en favor del clero y sus distintas órdenes religiosas, los inmediatos, pero ya hacia la periferia, se entregaron a los funcionarios y empleados de la autoridad civil; los colindantes, a los españoles tomando en consideración una jerarquía de acuerdo a su posición económica y por lo tanto social, y los más distantes, en las orillas, a los originales dueños de todos los terrenos: los indios del lugar, para entonces ya sometidos.

Los misioneros franciscanos, con Fray Antonio de Segovia al frente, quien descalzo, apoyado en un bastón que era una rama de árbol y con un

gran rosario en la otra mano, fueron los primeros religiosos que arribaron a estas tierras por el lado de Tlajomulco, para fundar su primer convento en Tetlán, en 1541, así como fray Luis de Palacio hizo lo mismo el 8 de diciembre del mismo año en lo que luego fue la villa de Zapopan, a donde trajeron procedente de Pátzcuaro la venerada imagen de la Virgen de la Expectación o de la O, la misma que actualmente se venera con el nombre de Virgen de Zapopan. Fueron estos religiosos quienes se hicieron cargo de auxiliar espiritualmente a los habitantes de la naciente ciudad, así como de iniciar la evangelización de los indios en la zona hasta en tanto no fue nombrada Guadalajara Diócesis de la Nueva Galicia, dieciocho años después de haber sido fundada por cuarta ocasión, que sería la última, y se designó un Obispo con todo el clero regular para atender, muy a pesar de los indios, las cuestiones religiosas de la diócesis.

Mientras los moradores de la naciente ciudad vagaban con incertidumbre sobre su paradero, el rey Carlos I de España y V de Alemania, le concedía a la Guadalajara de México el título de ciudad, con fecha 8 de noviembre de 1539, al mismo tiempo que le otorgaba su escudo de armas, de lo cual aquí se tuvo conocimiento hasta el 10 de agosto de 1542, cuando se anunció ya en la plaza mayor de la cuarta y definitiva ciudad, plaza que estaba ubicada frente a lo que ahora es el templo de San Agustín, donde se levanta el Teatro Degollado.

Desde 1543 el Ayuntamiento pidió a la corona de España su intervención para obtener de la Santa Sede la creación de la Diócesis de la Nueva Galicia. Algunos historiadores afirman que tal petición fue atendida en 1546 previa anuencia de don Vasco de Quiroga, Obispo de Michoacán, de donde fueron separadas las parroquias que pasaron a formar la nueva Diócesis y para la cual el Pontífice Paulo III nombró primer Obispo a Fray Antonio de Ciudad Rodrigo; otros aseguran que el Papa accedió a la petición en 1558 y nombró primer Obispo a Fray Francisco del Rincón, sin embargo en lo que todos coinciden es en que el primer elegido declinó la designación para venir a estas lejanas y desconocidas tierras. Luego, mientras unos dicen que fue llamado don Juan de Barrios, otros mencionan a un señor García Poblete, aceptándose que quien haya sido, poco antes de ser consagrado Obispo murió, ya en tierras de la Nueva España.

Cuatro años después, en la diócesis de Puebla, Pedro Gómez Maraver, canónigo para unos, para otros Deán de la Catedral de Oaxaca, fue consagrado primer Obispo efectivo de la Nueva Galicia, si bien tuvo que pasar un año más para conocer oficialmente que el Papa había señalado como sede del Obispado la ciudad de Compostela, la que en ese entonces no sumaba más de 600 habitantes. El señor Maraver se negó a radicar en la paupérrima e incómoda Compostela, la cual si acaso visitó en alguna ocasión para comprobar su pobre condición ya por él conocida cuando acompañó al Virrey don Antonio de Mendoza en sus incursiones para pacificar a los naturales de la Nueva Galicia y se enteró de la pobreza del lugar, por lo cual de inmediato solicitó trasladar la Diócesis a la ciudad de Guadalajara sin lograr que fuera atendida su solicitud. Si bien el señor Maraver poco conoció de Guadalajara mucho menos se enteró de la vida en Compostela, sede de su Obispado, ya que poco tiempo después murió en la ciudad de México, el 28 de diciembre de 1551.

El segundo Obispo fue el franciscano Fray Pedro de Ayala, nombrado cuatro años después, el 28 de agosto de 1555. El prelado desde su designación, encontrándose aún residente en España, gestionó el cambio de sede de la Diócesis de la Nueva Galicia, de Compostela a Guadalajara, en donde tomó posesión de su cargo cuatro años después, en 1559. Finalmente tuvo que emprender el viaje a Compostela, sede de su Diócesis, donde se encontró con una pobre grey por lo que de inmediato decidió regresar a Guadalajara y establecer su residencia en el Convento de San Francisco.

El cambio de la sede Episcopal se autorizó un año más tarde, dieciocho después de la fundación de Guadalajara, haciéndose el traslado junto con la Audiencia. Guadalajara inició así una nueva etapa en su vida. Mientras la Audiencia ocupaba las Casas Consistoriales donde residía el Ayuntamiento de la ciudad, ubicadas donde ahora se encuentra un edificio que alberga oficinas de juzgados civiles en el cruce de las calles Morelos y Angela Peralta, mismas que se empezaron a construir el 15 de febrero de 1542 ante la presencia del Virrey don Antonio de Mendoza en su viaje de regreso a la ciudad de México luego de apaciguar a los indios sublevados y apeñolados en el Mixtón, último intento de los dueños de estas tierras por conservar su libertad, su identidad, sus propiedades y su personalidad, antes de ser sometidos por más de 260 años al servicio y beneficio de los «conquistadores», la capilla de San Miguel, donde ahora se encuentra el templo de Santa María de Gracia y en la que desde 1542 se oficiaban misas, se convirtió en la primera Catedral al ser nombrada Guadalajara sede del Obispado de la Nueva Galicia. Era una Catedral pobre, casi con el único fin de cumplir el requisito de ser asiento de la Cátedra del Obispo. En su interior esta Catedral apenas si logró contar con dos imágenes pintadas sobre madera, una del Arcángel San Miguel a quien estaba consagrada la ciudad y otra de una virgen María cargando a un niño en sus brazos. Era tal la pobreza que cuando se tuvieron las pinturas que fueron costeadas por el Rey de España se expusieron a los fieles montadas en unos andamios, ya que no había dinero para enmarcarlas. Tuvieron que pasar diez años para que pudiera mandarse elaborar una cruz de plata y un cáliz. Fue hasta entonces cuando empezó a levantarse una torre en la iglesia, la que se decía sería sólo mientras se tenía manera de edificar una mejor Catedral. Esto habla de la pobreza de Guadalajara en sus primeros años de vida y explica por qué más de la mitad de los iberos que originalmente la fundaron al poco tiempo ya la habían abandonado emigrando a las zonas donde había minas, que era lo que en realidad buscaban.

Bien puede darse cabida aquí a una reflexión sobre la forma de cómo se ha desarrollado la cultura no sólo en Guadalajara, sino en todo el occidente del país, en donde se privilegia con gran convicción al extranjerismo y de lo cual hay múltiples referencias a lo largo de la historia, pero cuando nos referimos al inicio de la presencia de europeos en nuestra Guadalajara debe figurar lo que fue el último esfuerzo de los hombres originarios de estas tierras por defender su suelo, llevando consigo a sus propios hijos, lección que debería resonar aún como eco en las mentes de las nuevas generaciones para que aprendan a querer su lugar de origen, respetarlo y preservarlo por bien de los que vienen. Según el relato de Fray Antonio Tello, de quien hay que decir, con todo respeto, que por ser espa-

ñol concedía de antemano el beneficio de la gracia a su señor el Virrey, llamó enemigos a quienes al lado de sus mujeres e hijos lucharon justa y dignamente por defenderse de la invasión de que eran víctimas, muriendo miles de ellos en forma por demás inmisericorde ante un ejército superior que amparaba su acción en el nombre de Dios, para lo cual le acompañaban religiosos dominicos, agustinos y franciscanos quienes se encargaban de apaciguar las conciencias y así justificar la guerra y se autoconcedían la razón al inculcar por la fuerza de la barbarie el evangelio. La Nueva Galicia no tuvo la fortuna de otras provincias como Michoacán o Chiapas, a donde desde un principio llegaron misioneros religiosos como don Vasco de Quiroga y Bartolomé de las Casas quienes ampararon a los indios de las atrocidades de los propios conquistadores.

Relata el Padre Tello que los indios apeñolados en el Mixtón sumaban más de cien mil y amenazaban con combatir fieramente para acabar con los españoles y el Virrey, y que después habrían de ir a destruir México y hacer que los españoles se fuesen a España.

En la población de Apozol, ubicada en el hoy Estado de Zacatecas frente al lugar donde se encontraban parapetados los indios, el Virrey sostuvo una junta de guerra con los capitanes de su ejército, entre ellos Cristóbal de Oñate, Gobernador de la Nueva Galicia. Nuño Beltrán de Guzmán ya no estaba más en estas tierras, pero su espíritu aún vagaba en el ánimo de sus sucesores. Acabada la junta el ejército del Virrey marcho hacia el Mixtón, fortaleza natural muy escarpada, alta y pedregosa dentro de la sierra donde se encontraban empeñolados los indios caxcanes provenientes principalmente de Teocaltiche, Teúl, Nochistlán, Tlajomulco, Tonallan y otros pueblos. Tomaron posesión de sus convenientes sitios de combate, en especial la artillería. Pese a los ruegos de Cristóbal de Oñate al Virrey para que éste permaneciera en el refugio de su tienda, don Antonio de Mendoza debidamente armado fue a recorrer el campo donde al día siguiente se celebraría el combate, señalando a sus acompañantes «Aquí no hay más sino obedecer lo que se nos manda». En su última arenga a los soldados les pidió que peleasen con ánimo varonil, porque en obtener esta victoria consistía la «pérdida o ganancia de toda la Nueva España» y que advirtiesen que allí iba la honra por lo que no convenía tener descuido alguno. La misa celebrada antes de iniciar el combate la ofició don Pedro de Maraver, quien tiempo después sería el primer Obispo de la Nueva Galicia, en donde poco o nada hizo por cumplir su encomienda.

Por su parte los indios pertrechados en el Mixtón que en náhuatl quiere decir gato, pidieron refuerzos a los de Jalpa y Zacatecas, quienes contestaron diciéndose ser amigos de los españoles y no estar dispuestos a pelear en su contra. El combate fue cruel y desgarrador, y más aún sus consecuencias ya que pese a haber salido de alguna manera triunfantes, los españoles se sintieron ofendidos en su dignidad al no haber logrado el sometimiento dócil y voluntario de los indios lo cual los excitó para asumir una actitud de venganza manifiesta en desprecio, humillación, sumisión y esclavitud. Se llegó al extremo de herrar en el rostro a los indios esclavizados, pese a que esto estaba prohibido por orden real y del propio Papa, y sin embargo se registraron casos de hierros guardados en arcas bajo la vigilancia y el cuidado de los obispos y miembros de la Audiencia en compli-

cidad. El Vaticano dio a conocer la disposición del Papa Paulo III en la que deroga el criterio de los conquistadores empeñados en considerar al indio en el occidente como animales de campo, incapaces de recibir la fe católica y ordena que de ninguna manera han de ser privados de su libertad y del dominio de sus bienes y, que de ningún modo se deben hacer esclavos y «si lo contrario sucediere, sea de ningún valor y fuerza», luego agrega: «Determinamos y declaramos por la misma autoridad apostólica, que los dichos indios y otras gentes semejantes han de ser llamados a la fe de Jesucristo, con la predicación y con el ejemplo de la buena y santa vida». Todo fue inútil, aún lo recomendado por la reina Isabel la Católica quien en su testamento recomendaba se diera buen trato a los indios. He aquí una de las graves consecuencias de la constante tiempo y distancia.

Es importante recordar que por órdenes del Rey Carlos I de España y V de Alemania se ratificó el nombramiento hecho por el Virrey don Antonio de Mendoza en favor de don Francisco Vázquez Coronado como nuevo Gobernador de la Nueva Galicia, quien recibió como primera encomienda el instruirle juicio de residencia a Cristóbal de Oñate para requerirle responder a sus abusos cometidos en contra de los indígenas al amparo del soberano español y la religión cristiana, lo que demuestra que quienes vinieron a conquistar el occidente fueron más aventureros ambiciosos y crueles que «conquistadores» como se insiste en llamarlos en los libros clásicos de historia que se ocupan de la Nueva Galicia.

Todas las circunstancias que rodean la presencia del clero en la naciente Diócesis de la Nueva Galicia y el poco interés de los prelados asignados por atender el Obispado, explica el por qué tuvo que ser la Catedral tan pobre y mínima con relación a las de otras diócesis de igual o menor jerarquía en nuestro país.

La capilla consagrada al Arcángel San Miguel, que primero fue Sagrario y luego la primera Catedral de Guadalajara era muy pobre, estaba ubicada al lado norte de la plaza principal, llamada luego de San Agustín, se trataba de una casona con paredes de tierra y adobe con techos de paja, lo cual favoreció que se incendiara en mayo de 1565 al caer sobre el heno algunos cohetes lanzados en la celebración de unas fiestas religiosas. En el mismo sitio se levantó la segunda Catedral de la cual colocó la primera piedra el segundo Obispo don Pedro de Ayala y aunque reforzada, volvió a tener muros de tierra y adobe con techos de tejamanil. Una vez más, durante los festejos al Espíritu Santo en 1574, un eufórico soldado disparó sus armas y los tiros fueron a caer precisamente al techo de la iglesia iniciando así un nuevo incendio que acabó con ella.

La principal dificultad que tenía Guadalajara para contar con una Catedral que correspondiera a su importancia como capital de la Nueva Galicia era que, en ese entonces para realizar una edificación de tal magnitud tenían que participar con dineros a partes iguales el Rey de España, los hombres ricos de la ciudad y los clérigos que la atendían, sólo que de los hombres ricos, españoles todos, que por ese entonces se quedaron a vivir en Guadalajara, la gran mayoría eran comerciantes especuladores, avaros y reticentes a desprenderse de sus bienes. El clero por su parte, apenas si podía cubrir sus propias necesidades por lo que tenía serios

problemas para pensar en poder aportar la parte que le correspondía.

Don Pedro de Ayala, segundo Obispo de Guadalajara fue nombrado para ocupar el cargo en 1555, tomó posesión de la Diócesis como Obispo electo en 1559 y su consagración tuvo lugar hasta 1562, finalmente sólo ejerció el ministerio durante siete años, ya que murió en septiembre de 1569. Hombre de carácter irascible, se cuentan de él múltiples pasajes como el que refiere los severos castigos que impuso al sacristán de la Catedral por negarse a repicar las campanas por miedo al peligro de derrumbe de las torres, por lo cual le jaló las orejas produciéndole gran dolor hasta hacerlo arrastrarse por el suelo implorando perdón. Por demás controvertido tuvo serios enfrentamientos con la Audiencia que planteó graves acusaciones en su contra, sin embargo, fue quien decidió iniciar la construcción de una sólida y segura iglesia para sede de la Catedral de Guadalajara conforme a un proyecto del alarife Martín Casillas, lo cual ocurrió el 31 de julio de 1562, cuando la ciudad tenía ya veinte años de fundada. Para 1618 se habían terminado los trabajos de la parte básica de la nueva Catedral que fue modesta por carencia de recursos, francamente fea, con torres chaparras, formadas por dos cuerpos, el primero cuadrado y el segundo octagonal, rematadas con unas medias bolas en forma de media naranja y culminadas con sendas esculturas de cantera cubiertas con plomo, sin presencia agradable se le compara con el primer santuario construido para la virgen de Zapopan. La base de esta construcción es la que perdura en la Catedral de Guadalajara, aunque con distintas torres, ya que las originales cayeron cuando la ciudad sufrió los efectos de un fuerte temblor en el amanecer del 31 de mayo de 1818.

La vida en la Nueva Galicia, su conformación y desarrollo dista mucho de ser relato capital en la historia del México colonial, sitio que siempre lo ocupó la Nueva España. Por el contrario, la controversia, la disputa y confrontación que tuvieron Hernán Cortés y Nuño Beltrán de Guzmán, que prosiguieron los obispados de la Nueva Galicia, Michoacán y México, el hecho de haberse nombrado para la Nueva Galicia una de las tres Audiencias que hubo en la Colonia, lo cual marcó cierta independencia de la Nueva España y con el correr de los años el control de los mercados para el comercio, así como la absurda posición de la Universidad de México que impidió por mucho tiempo la apertura de la Universidad de Guadalajara, todo esto y la suma de un cúmulo de factores colaterales hicieron que se originara una incomprensible rivalidad entre los habitantes de la capital del país y la capital jalisciense que aún conserva increíbles resabios al inicio del siglo XXI, cuando se supone que el avance de la cultura ha superado tales circunstancias.

Para los tapatíos, la religiosidad dentro de su cultura ha ocupado un lugar primordial en todos los tiempos, de ahí la importancia que tiene la iglesia Catedral como centro religioso de donde emanan conductas y convicciones de un pueblo que pese a los recios cambios sociales del México moderno, todavía mantiene sus creencias como punto de convergencia. Esa Catedral, símbolo, divisa y hasta logotipo, fue consagrada a la Asunción de María por el Obispo Miguel de Mimbela, cuando todavía faltaban las torres que se edificarían tiempo después. Tal vez fue la catedral que en México se ha construido en más corto tiempo, explicable sólo por la pobre-

za, que no sencillez, con que se hizo la construcción. En realidad se trata de una iglesia de cortas dimensiones, comparada con otras erigidas en México, se ha dicho reiteradamente que fue más una Catedral hecha para el clero que para la feligresía y todo indica que así fue planeada desde su principio ya que por estrecha, las bóvedas de las tres naves interiores tienen la misma altura, lo que no sucede en otras iglesias de este rango y por ello dispone sólo de una hilera de ventanales a cada lado para proporcionar iluminación al recinto. El paso del tiempo que todo lo cura o remedia u olvida, hizo que los subsecuentes obispos se encargaran de adornarla y enriquecerla en su interior. Ya para fines del siglo XVIII se había logrado este objetivo, más no quedó exenta de sufrir los cambios de moda arquitectónica, del barroco al neoclásico, el gótico y el churrigueresco, dejando por los rincones pedazos de uno y de otro para concluir en algo indefinido, que los «optimistas del arte», que nunca faltan, acaban por señalar que se trata de una Catedral neoclásica, con armonía en sus elementos arquitectónicos, sobria, elegante y digna. ¡Allá ellos!

Cuando don Miguel Hidalgo llegó a Guadalajara en noviembre de 1810 fue recibido con gran entusiasmo por la población y asistió en Catedral a unas ceremonias religiosas celebradas en calidad de agradecimiento. Sin embargo, los ricos españoles ocultaron en esta iglesia sus fortunas y negaron al Cura de Dolores el pago impuesto como aportación obligatoria para la causa. El Padre Hidalgo conocedor de estos quehaceres mandó levantar el piso de la Catedral y efectivamente, encontró enterrado alrededor de medio millón de pesos en monedas de oro y finas joyas, sin embargo este caudal regresó a poder de los españoles cuando el caudillo fue sacrificado tiempo después en Acatita de Baján.

El propio Obispo Cabañas para ese entonces ya había mandado bajar unos grandes candelabros forjados en plata, los cuales se fundieron y fueron enviadas al rey de España como aportación de Guadalajara a la lucha que sostenía contra la invasión francesa ordenada por Napoleón. Acompañó a ese embarque un envío de diez mil pesos en oro. El Rey correspondió al donativo obsequiando para la Catedral de la todavía Nueva Galicia, un cuadro original de Murillo referente a la Asunción de María, del que se dice todavía existe sólo que como durante la Revolución la Catedral fue sometida a constantes saqueos, comentan algunos enterados que para protegerlo se puso en su lugar una réplica la que resultó de tanta calidad como el propio original al grado de no saberse ya cuál es el verdadero. Durante la Guerra de Reforma se desmanteló el retablo mayor de la Catedral que estaba artísticamente cincelado en plata.

En 1863 la Diócesis de Guadalajara pasó a ser Arquidiócesis y su Catedral recibió el título de Metropolitana igual que el Sagrario, quedando como sufraganas las diócesis de Durango, Linares, Sonora, Zacatecas y el Vicariato de Baja California. Fue primer Arzobispo don Pedro Espinoza quien en 1866 mandó construir la verja de hierro entre pilastras de piedra rematadas con macetones para delimitar el atrio de la iglesia, cuatro canceles daban paso al interior de la iglesia, la verja fue construida por el artesano José María Meza, quien cobró diez mil pesos por su trabajo. En 1915 fue retirada y se perdió en pedazos que rodaron por otras iglesias de la ciudad. Antiguamente la Catedral tenía tres puertas al frente, otra al

norte y una más al sur, ésta comunicaba al cementerio que como en ese entonces era costumbre tenían a su alrededor la mayoría de las iglesias.

Por el año de 1866 el segundo Arzobispo de Guadalajara, don Pedro Loza adquirió en Italia un bello ciprés así como un púlpito fabricados en mármol blanco, el ciprés permaneció por más de cien años en el altar mayor de la Catedral hasta que un nuevo movimiento renovador llegado con el Cardenal, Arzobispo de Guadalajara don Juan Jesús Posadas Ocampo ordenó retirarlo para reformar la ornamentación de nuestra iglesia mayor.

A principios del siglo XX se tuvo la ociosa idea de aplicarle a la Catedral la moda de la época y se mandó enjarrar por dentro y por fuera. El exterior se pintó de amarillo y blanco, al mismo tiempo que el gobierno de Jalisco hacia su parte enjarrando los muros del Palacio de Gobierno y pintándolos de verde perico, para dar marco así a los festejos del centenario de nuestra Independencia.

Las segundas y actuales torres de la Catedral las mandó construir el Obispo don Diego Aranda y Carpinteiro quien no alcanzó a verlas terminadas ya que murió antes de que esto sucediera. Las obras estuvieron a cargo del arquitecto Manuel Gómez Ibarra quien utilizó en la edificación piedra pómez, material de suma ligereza, cubiertas con azulejo de Sayula, todo con el objeto de prevenir otro derrumbe. Las obras comenzaron el 30 de julio de 1851 y concluyeron tres años después, el 15 de julio de 1854.

Desde 1836 el Obispo don Diego Aranda y Carpinteiro se dio a la tarea de construir las nuevas torres de Catedral para ello solicitó al arquitecto Manuel Gómez Ibarra un proyecto con ese fin. Cuando el estudio le fue presentado citó a varios personajes de la ciudad para escuchar su opinión, sin lograr llegar a un acuerdo, pero durante la comida que se sirvió a los asistentes, un señor de nombre José María Nieto y del Portillo, mostró al Obispo el dibujo que ornamentaba la vajilla de origen inglés en que se servía la comida y que parecía ser la iglesia de Santa María de Oxford. El dibujo era una torre en forma de aguja el cual agradó al Obispo quien exclamó: «Ya no hay que discutir: el problema está resuelto. Las torres se harán como la que aparece en este platón». ¡Y así se hicieron!

La primera de las 16 campanas con que cuenta la Catedral fue fundida en 1661 y está dedicada a nuestra Señora de las Angustias, de las Agonías o de la Inmaculada. La campana mayor lleva el nombre de María de la O, fue fundida en 1758. La campana más famosas es la de San Fernando Rey, mejor conocida como Campanita del Correo porque siempre se hacía sonar cuando la ciudad recibía buenas noticias. El órgano de la Catedral se construyó por la Compañía J. Marlik de París y quedó instalado y bendecido en enero de 1893.

La Catedral fue elevada a la categoría de Basílica en noviembre de 1939 y recibió al primer Cardenal mexicano, Doctor José Garibi Rivera, de grata memoria, quien el 1 de enero de 1933 fue nombrado Vicario General y el 28 de noviembre del mismo año Deán de la Catedral de Guadalajara. El 22 de diciembre de 1934 fue designado Arzobispo Coadjutor con

derecho a sucesión y el 17 de noviembre de 1958 Su Santidad Juan XXIII le hizo saber de su nombramiento como Cardenal Presbítero.

El interior de Catedral, aunque también diferente al trazo de otras iglesias debe reconocerse que tiene un interesante sentido estético basado en hileras de columnas cimentadas en bancos cuadrados de los que se elevan racimos de cuatro columnas estriadas de tipo dórico que rematan en artísticos capiteles los que sostienen racimos de columnas góticas que soportan las bóvedas nervadas de las tres naves, lo que hace la diferencia con todas las iglesias del resto del país ya que tienen la misma altura. Por ser una Catedral chica, de sólo tres naves, carecía de zona de capillas o altares como sucede con otras catedrales tradicionales. Los muros fueron recubiertos por grandes retablos barrocos que finalmente han sido sustituidos por altares aparentes de estilo neoclásico.

Algo es verdaderamente definitivo en todo esto: la Catedral de Guadalajara tiene su propia personalidad que cobra vida en el sentir de los habitantes de la gran ciudad, valor agregado al margen de cuanto de arte o belleza pueda reunir el edificio en sí.

La puerta del lado sur se cerró en 1808 cuando se inició la construcción del Sagrario Metropolitano, bella iglesia de arquitectónica figura ubicada en el lado sur de Catedral, en el lugar donde estuvo el cementerio, sitio elegido tras desechar la idea de edificarla al norte donde se encontraba el templo de la Soledad. Al principio se afirmó que esta iglesia se hacía gracias al donativo generoso de una persona anónima, con el tiempo se llegó a saber que fue el benemérito Fray Antonio Alcalde quien antes de morir destinó ochenta mi pesos para edificar este templo cuya primera piedra la bendijo su sucesor Juan Ruiz de Cabañas y Crespo luego de colocar dentro de ella, que para esto estaba labrada como arcón, varias medallas de oro con imágenes de vírgenes entre ellas las de Zapopan, Talpa, San Juan de los Lagos, de la Bufa de Zacatecas, de Mexicaltzingo y del Sagrado Corazón de Jesús venerada en Mexticacán. Si bien nadie ignora que los dineros que dejó el señor Alcalde fueron gastados en otras cuestiones diferentes para las que se heredaron, tiempo después fue necesario su reposición. La primera etapa de la construcción estuvo a cargo del arquitecto don José Gutiérrez, fueron suspendidos los trabajos tanto por la guerra de Independencia como por los graves daños que sufrió la Catedral en 1818 cuando se derrumbaron sus torres y se agrietaron las bóvedas y el frente de la iglesia, sin embargo continuaron en 1835 bajo la dirección del arquitecto don Manuel Gómez Ibarra quien imprimió el sello inconfundible de su exquisito arte en la magnífica cúpula con 16 preciosas ventanas y columnas incrustadas entre ellas; el frente muestra un imponente pórtico de estilo griego y en su interior la armonía rima en todas sus dimensiones. En septiembre de 1839 fue puesta en servicio esta iglesia que sin temor a equivocaciones, salva en buena parte la presencia del conjunto que forma con Catedral.

En 1846 el Sagrario sufrió graves daños desde su cimentación hasta la cúpula en la cual se produjeron grandes grietas, fruto de los continuos temblores que sufrió la ciudad, lo cual hizo que en no pocas veces se hayan realizado trabajos de reforzamiento para soportar las estructuras.

Catedral ha estado siempre rodeada por plazas, aun cuando de diferentes proporciones. Originalmente, cuando arribó la Real Audiencia en 1560 y ocupó las casas consistoriales, obligó al Ayuntamiento de la ciudad a trasladar su sede y lo hizo a unas pobres construcciones que levantó donde actualmente se encuentra el Palacio de Gobierno, fue entonces cuando al poniente de dichas casas se formó un primer solar o plazuela que actualmente es la Plaza de Armas. En ese lugar se ahorcaban y fusilaban delincuentes durante el siglo XVII; se celebraba un tianguis o mercado de manteados dos veces por semana y en él se vendían cereales, verduras, frutas, ropa, zapatos y toda clase de productos. Las tardes de los domingos se lidiaban toros y era tan popular el lugar que ejerció su influencia en el entorno, por ejemplo en la construcción de Catedral, que en la parte posterior y hacia el lado sur que ve hacia la citada plaza, se construyeron unas terrazas con arcos desde donde los canónigos y principales miembros de la iglesia disfrutaban de las famosas corridas de toros dominicales. En 1740 se instaló una fuente pública de donde se abastecía de agua a buena parte de la población y se daba de beber a los animales. Por el año 1880 los soldados del 13o Batallón construyeron en el lugar que ocupaba la pila, el primer kiosco que hubo en esta plaza el que en 1908 se cambió por el que actualmente se puede apreciar, que fue adquirido en Francia.

Frente a catedral también se formó una plazuela que al paso del tiempo hizo las funciones de atrio. Dentro de esta plaza y alrededor de ella se formó una importante zona comercial, sobre todo cuando se edificaron los portales que albergaron todo tipo de negocios. La plazuela de Catedral era lugar obligado de paso a quien concurría al centro de la ciudad, ahí se instalaba con frecuencia y en forma periódica un tianguis de ropa para consumo popular. Por ese sitio pasaban a finales del siglo XIX los famosos tranvías jalados por mulitas, primer tipo de transporte colectivo que existió en todo México. Este servicio se inició en 1874 y en 1907 se modernizó al entrar en operación el 14 de febrero los tranvías eléctricos, los que se mantuvieron en servicio hasta el 24 de julio de 1944. Décadas después volverían en la modalidad de trolebuses.

Frente a esta plazuela, en la esquina con la calle Morelos, se encontraba un conocido edificio donde por varios años operó el Cine Lux, el cual estaba instalado en la segunda planta y se hizo famoso por haber sido la sala donde se exhibió por primera vez en Guadalajara una película sonora, se trataba de la cinta cinematográfica «El Cantante de Jazz» actuada por Al Johnson, la cual fue presentada al público el 25 de octubre de 1929. En los portales frente a este edificio estuvo por algunos años el famoso tortero conocido por todos los tapatíos «Don Emiliano», quien tenía una muy exclusiva fórmula para preparar las salsas con que aderezaba sus populares tortas.

La iglesia compró en un remate celebrado en 1708 las que fueron casas del sargento Alejandro Bravo de Gamboa, ubicadas al lado norte de la plazuela de catedral y que ocupaban la mitad oriente de la manzana comprendida por las calles de Santo Domingo, hoy avenida Alcalde; de la Merced, hoy avenida Hidalgo; del Santuario, hoy Pedro Loza y la cerrada de Santa María de Gracia, al norte, hoy Independencia; en donde se cons-

truyó el edificio conocido como Palacio Episcopal que fue la sede particular de obispos y arzobispos. Sus instalaciones fueron remodeladas por el Obispo Don Diego Aranda y Carpinteiro, el mismo que mandó construir las actuales torres de Catedral. Este edificio fue confiscado por el gobierno federal durante los conflictos que tuvo con la Iglesia durante la guerra de Reforma, finalmente lo cedió en favor del Ayuntamiento de la ciudad por órdenes del Presidente Gral. Lázaro Cárdenas el 13 de octubre de 1939. Cuando se aprobó el proyecto de ampliación de las avenidas 16 de Septiembre, Alcalde y Juárez, fue demolido este edificio y se construyó el nuevo y actual Palacio Municipal, para lo cual fue necesario adquirir en diciembre de 1948 las fincas que tiempo antes ocuparon la Casa de Moneda ubicada en la esquina que forman las calles Hidalgo y Pedro Loza, edificio donde además estuvieron por algún tiempo las oficinas de telégrafos, así como otra finca propiedad de los señores Ignacio García Aceves y Laura Villaseñor de García, que completaba la manzana y estaba ubicada en el extremo norceste de la misma.

La calle de La Merced, hoy avenida Hidalgo, fue una de las más importantes en la zona céntrica de la ciudad por el desarrollo comercial que tuvo y que ha sido siempre la vocación característica de Guadalajara por ser la actividad a la que se dedicaron desde un principio sus primeros moradores a fin de subsistir, una vez que quedó determinado que en el valle no existía posibilidad alguna de encontrar minas o cosa que se le pareciera. De lo muy poco que se sabe es que fueron encontradas unas pequeñas vetas de oro en Mezquitán, pero esto ocurrió por los años de 1750, por cierto lo que la iglesia recibió de ellas como diezmos, buena parte fue empleada en decorar el gran retablo con que se dotó al templo dedicado a nuestra señora de La Merced, el cual se terminó de construir por esas fechas. Esta iglesia fue dotada de magníficos retablos, los cuales desaparecieron en la restauración que se hizo en 1930 cuando quedó tal como ahora la conocemos.

Es de hacerse notar que La Merced es uno de los templos más visitados por la feligresía en la capital jalisciense si bien primero fue fundado y construido el convento de los mercedarios, al lado poniente del actual templo. Los frailes pertenecientes a esta orden tuvieron como primordial finalidad el rescate de esclavos y cautivos, incluso profesado como voto propio de la orden, sin embargo nada se sabe de acción alguna en este sentido durante su estancia en Guadalajara que comprende de 1622 cuando arribaron hasta alrededor del año 1890 en que lo abandonan todo. Tal vez de lo poco rescatable de ellos fue el intento de preparar mejor a los jóvenes sacerdotes egresados del Seminario de San José, para lo cual en las instalaciones del Convento, por la puerta que se abre al poniente, esto es hacia la calle Santa Mónica, frente al actual mercado Corona, se instaló un colegio de estudios superiores donde los jóvenes eran preparados en materias más avanzadas de su ministerio por lo cual hasta ahí llegaban sólo aquellos que destacaban por su inteligencia. Como era un privilegio el realizar estudios en este lugar los jóvenes eran muy dados a lucir sus conocimientos ante el público de la ciudad que no falto de sarcasmo los empezó a llamar «Los Burros» y así se conoció tiempo después el lugar que ocupó el colegio el que se convirtió en mesón y era popularmente conocido como «El Mesón de los Burros».

El 18 de noviembre de 1824 al nacer el Estado Libre y Soberano de Jalisco es jurada su Constitución Política, precisamente en el templo de la Merced, en virtud de que el clero tapatío se negó a reconocer tal hecho y cerró las puertas de Catedral para que en ella se celebrara tan importante acontecimiento.

Por algunos años hasta pasada la primera mitad del siglo XX el templo de la Merced lució una torre que aunque de buena figura artística se construyó con una alta dosis de ingenuidad ya que se olvidó dotarla de cimentación, estructura y amarres para soportarla, tan sólo se emplearon ladrillos pegados con cemento por lo que fue suficiente un ligero temblor de los que con frecuencia se registran en Guadalajara para que se agrietara, se convirtiera en seria amenaza de derrumbe y tuvo que desaparecerse del panorama tapatío.

Nadie más, y nadie como el doctor don Ignacio Villaseñor para hablar de los portales de Guadalajara. Si algo de ellos se quiere saber es preciso consultar esta biblia que nos habla desde las ordenanzas de Felipe II dadas en San Lorenzo, España, el 3 de julio de 1573, en las que expresó en el inciso 115 la orden de que en las nuevas poblaciones colonizadas por los españoles era obligatoria la construcción de portales alrededor de las plazas, por la comodidad que ellos representan para los comerciantes y nada mejor dicho para los comerciantes tapatíos. Bajo este rubro nació el primer portal de Guadalajara, frente a la Plaza de Armas hacia el poniente, donde antes, como hemos dicho, estuvo la casa de Juan de Saldívar, propiedad que pasó luego a manos de Juan González de Apodaca Rubín, al paso de los años dicha casa perteneció a don Celedón de Apodaca y más tarde a las monjas dominicas de Santa María de Gracia, las que fueron dueñas además de los portales en toda esa manzana y de otros en número total de nueve de los trece que tenía la ciudad, los cuales arrendaban a comerciantes que pagaban por ellos importantes sumas. Fue esta congregación de monjas la más rica de su época, por ello la gente las llamaba «Las Canónigas» o «Las Gracias». De esa congregación donde cada monja tenía dentro del convento su propia casa y hasta tres sirvientas a su servicio, salieron las monjas que formaron el Convento de Santa Teresa, conocidas como «Las Señoras» y las que fundaron el Convento de Jesús María, llamadas «Las Burras».

Por ese entonces los monjes de San Agustín construyeron los portales de la manzana comprendida entre Juárez, Pedro Moreno, 16 de Septiembre y Colón, dedicándolos al mismo fin. A la fecha, aún es posible advertir por arriba de los portales a la mitad de la cuadra por la calle Colón, el escudo de los agustinos labrado en cantera.

Otro portal que para los tapatíos tiene singular particularidad es el «Portal Quemado», ubicado sobre la calle Pedro Moreno entre las de 16 de Septiembre y Corona. Construido en 1604 por don Diego de Porres Baranda quedó destruido el 8 de septiembre de 1731 cuando a la media noche se registró un fuerte incendio que lo consumió. La conflagración se repitió el 14 de mayo de 1845. Si bien oficialmente el portal ha recibido los nombres de Luis Quintanar, Vicente Guerrero y General Bravo, los tapatíos lo llaman y conocen como el «Portal Quemado».

Al lado norte de la Catedral, jardín de por medio, se construyó un pequeño templo el que fue consagrado a la Virgen de la Soledad, a quien le fue encomendada la ciudad para protegerla de los temblores que eran fenómenos naturales que entre la población de los siglos XVII y XIX principalmente causaban verdadero «temor de Dios» por los daños materiales que ocasionaban ya que la mayoría de casas y edificios estaban construidos con arena y barro que ofrecían poca resistencia al efecto de los sismos, se empezó a edificar este santuario en 1658, fue atendido primero por los monjes Oblatos los que ocuparon las casas contiguas al templo, y posteriormente los felipenses los que en 1775 recibieron autorización para atender su propio templo que fue San Felipe Neri, así el templo de la Soledad paso al cuidado del clero secular. En las casas adjuntas el Obispo Juan Ruiz de Cabañas y Crespo estableció en 1803 el lugar donde eran castigados los sacerdotes seculares cuando cometían alguna falta, posteriormente estuvieron en ellas por muchos años las oficinas de la Administración de Correos, Telégrafos y de Hacienda. En el vetusto jardín que ocupaba el área de media manzana sobresalían dos cuestiones por demás interesantes: a partir de 1833 se estableció el primer sitio de vehículos de alquiler llamado «Providencia» lo que hizo que entre los tapatíos surgiera la costumbre de llamar a todos estos vehículos de servicio público «Coches de Providencia». En ese mismo lugar nació la denominación de «carro libre» ya que quien tenía un carruaje y quería ingresarlo al servicio público tenía la libertad de hacerlo con sólo formarlo en la fila del sitio y reportarlo al despachador, comprometiéndose a respetar el reglamento municipal correspondiente. La otra cuestión se refiere a los evangelistas que pluma de guajolote en mano esperaban en el kiosco del jardín a los clientes que solicitaban sus servicios para escribir todo tipo de cartas, sobre todo las de amor, actividad para la cual regía una singular tarifa: cartas escritas con elocuencia: 50 centavos; cartas escritas sin elocuencia: 25 centavos.

Finalmente la iglesia, las casas contiguas y el jardín desaparecieron en 1953 para dar paso a la construcción de la Rotonda de los Hombres Ilustres, monumento con que se hace justicia a la memoria de todos aquellos insignes cuyas vidas han sido ejemplo para la sociedad. Dispone de 98 urnas, algunas de ellas ya ocupadas con los restos de ilustres jalisciense como don Ramón Corona, don Manuel López Cotilla, Jacobo Gálvez, Gerardo Suárez, Manuel Macario Diéguez y algunos más, pero como siempre acontece, ni están todos los que son, ni son todos los que están.

Al oriente de este monumento, se ubica el Museo Regional cuyo edificio fue construido para alojar al Seminario Tridentino de San José. Siguiendo a la mayoría de historiadores, fue una obra del Obispo Felipe Galindo Chávez y Pineda, dominico nombrado en 1696 se preocupó de sobremanera por la educación y cultura de Guadalajara. Fue la primera voz que se alzó en demanda de una universidad para la capital de la Nueva Galicia, según consta en carta enviada al Rey de España el 5 de diciembre de 1698 en la cual agradece la autorización para la construcción del Seminario y en uno de sus párrafos agrega: «De favor y necesidad repito a V.M. la petición de que me conceda, y me la críe Universidad, pues dista de la de México más de cien leguas, y es cabecera de los reinos de la Nueva Galicia, León, Nueva Vizcaya, Provincias de Nayarit, Californias y Coahuila que son más dilatados estos distritos que todo lo poblado en Nueva Espa-

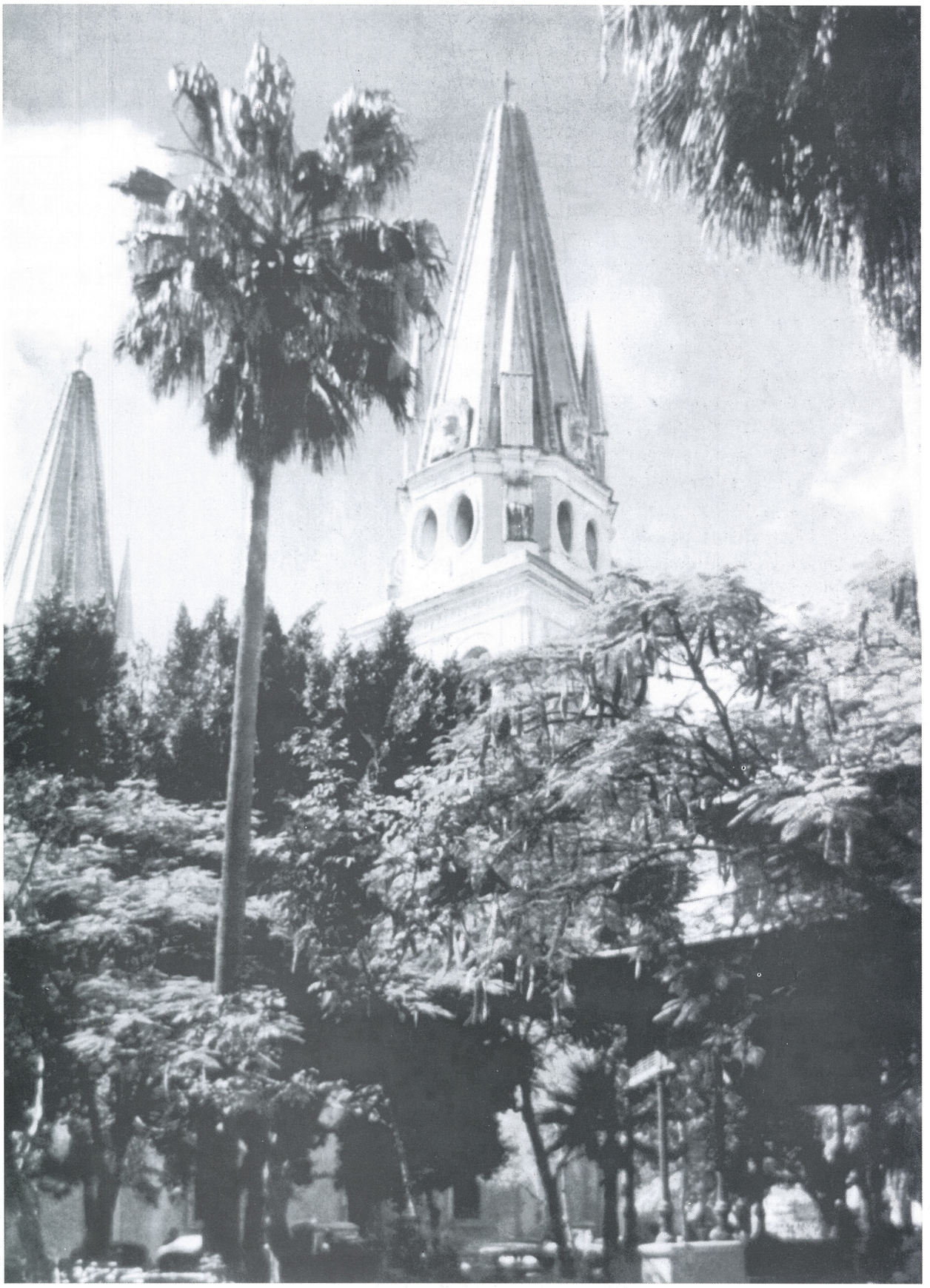
ña y necesita de muchos ministros la copiosa gentilidad y que la conceda V.M. los novenos en la forma que lo tiene dispuesto y se dan a los Colegios del Reino del Perú». Carta cuyo original consta en los libros de documentos del Arzobispado de Guadalajara. Esta petición fue negada ante la oposición de la Universidad de México que aseguraba ser suficiente para atender las necesidades de educación superior en toda la colonia.

Larga historia tiene que contar este magnífico edificio que al decir de los historiadores abrió sus puertas como Seminario Conciliar Tridentino de San José en 1701, vio interrumpida su cotidiana vida al ser abruptamente convertido en cuartel por las tropas del «Amo Torres» durante la guerra de Independencia, tiempo en que también sirvió de cárcel para los españoles que se oponían al movimiento independentista. Volvió a funcionar como seminario de 1821 a 1846 en que volvió a utilizar como cuartel durante la guerra contra la intervención francesa y pasar finalmente a poder del gobierno federal en 1859 el que una vez controlada la situación política en el país lo cedió en favor del gobierno de Jalisco en 1861 que lo destinó para Liceo de Varones que ahora viene a ser la Preparatoria de Jalisco, la que permaneció en ese edificio junto por algún tiempo con la Escuela Normal para Varones, hasta el 8 de julio de 1914 cuando sus instalaciones pasaron a ocupar el edificio anexo al templo de San Felipe Neri. Estas instituciones educativas ocuparon la planta baja edificio, en tanto que a partir de 1875 en la planta alta se instaló la Biblioteca Pública del Estado. Posteriormente el edificio fue ocupado por el Conservatorio de Música del Estado y finalmente, en 1918 se inauguró el Museo de Guadalajara.

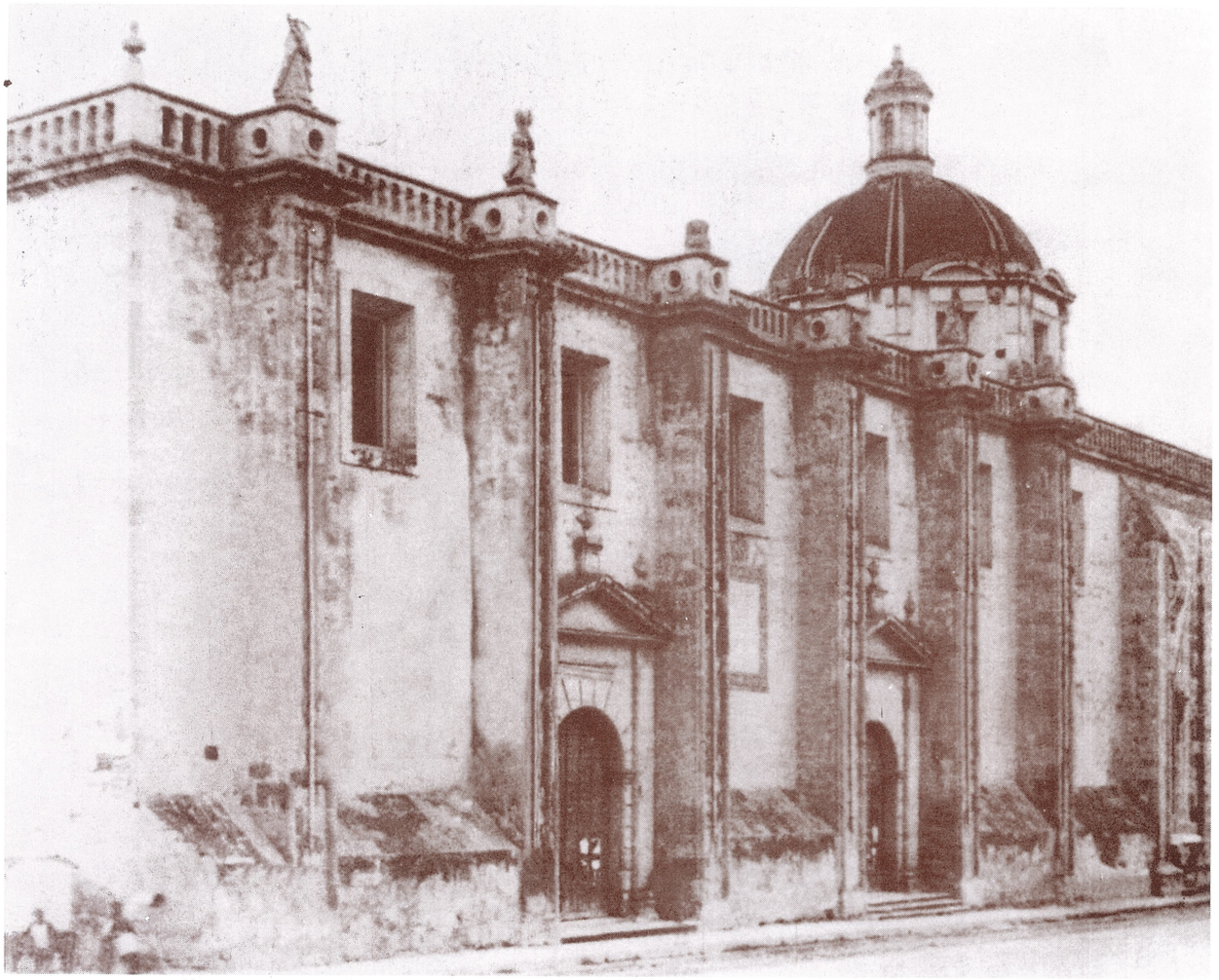
Se cierra este volumen con algunas fotografías de lo que fue la construcción de la Plaza de la Liberación ubicada entre la parte posterior de Catedral y el frente del Teatro Degollado. Si bien en algún momento se pretendió llamarla Plaza de los Tres Poderes, dado que a su alrededor se encuentran los edificios que ocupan los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial finalmente retornó a su nombre original.

Para realizar esta obra se tuvieron que derruir las fincas de dos manzanas entre las cuales se encontraban edificios como el Mercantil, en la esquina que forman las calles Morelos y Liceo, sitio donde junto con las casas contiguas al oriente fue la sede del Ayuntamiento de Guadalajara durante poco más de dos siglos, luego que la Audiencia decidió por segunda vez despojarlo de su sitio en las casas que había construido donde ahora se encuentra el Palacio de Gobierno.

Guadalajara tiene una interesante historia, diferente a la de otras grandes capitales del país. Por singular, no sólo en sus edificios y construcciones, sino principalmente por la idiosincrasia de sus habitantes, se hace imprescindible reflexionar en todo cuanto de pasado tiene, ya que necesariamente incide en el futuro, cuando la encrucijada que plantea el desarrollo social reclama tanta inteligencia, valor y decisión como la que tuvieron los que determinaron que este lugar arenoso sería el último asiento de sus moradas, lecho de sus vidas y fin último de su existencia.



Vista de Catedral en el año 1940, desde el desaparecido jardín de la Soledad ubicado a su lado norte donde ahora se encuentra la Rotonda de los Hombres Ilustres.

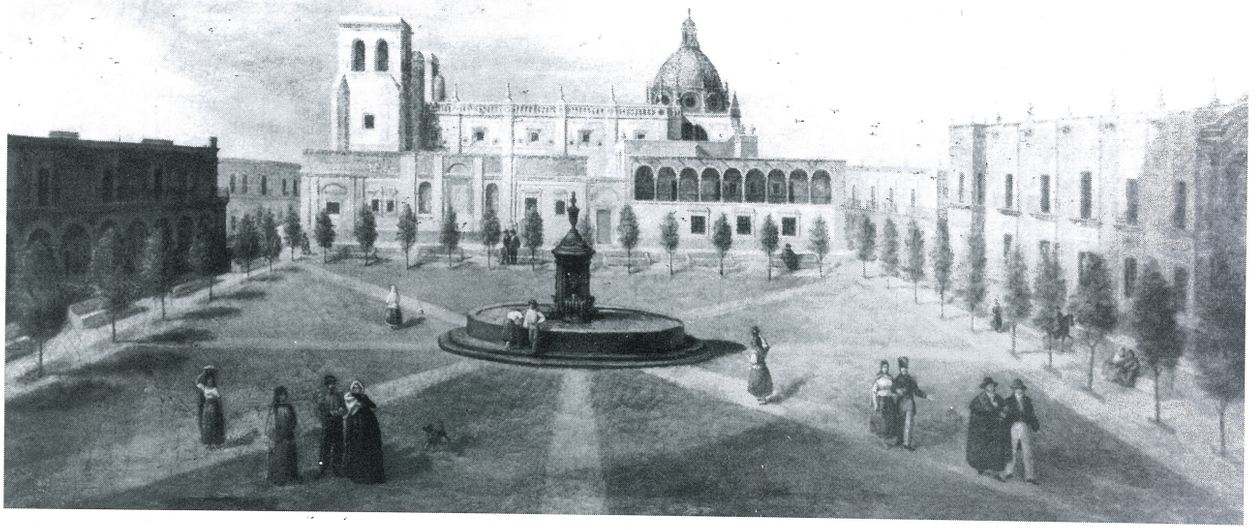


Serie de fotografías del templo y convento de Santa María de Gracia ubicado al lado norte del Teatro Degollado. En este lugar estuvo la pobre Capilla consagrada a San Miguel en la cual desde 1542, por autorización de don Miguel de Ibarra, primer Alcalde de Guadalajara, se celebraban misas. En 1560 cuando se designó a nuestra ciudad capital de la Nueva Galicia y pasó a ser sede de la Audiencia y el Obispado, dicha capilla fue convertida en Catedral.

En este sitio estuvo la primera Catedral de Guadalajara.

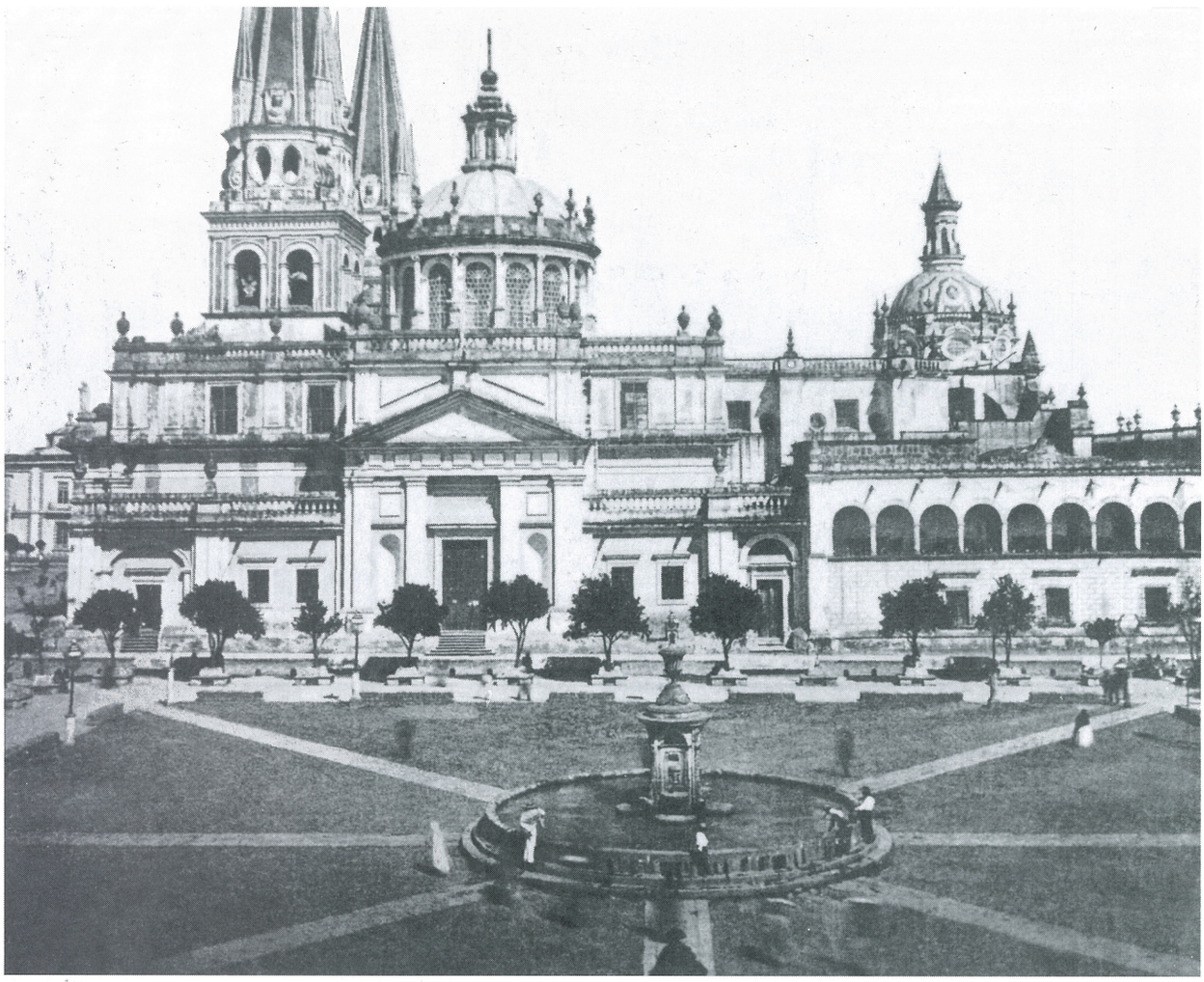
Este edificio fue parte del convento de Santa María de Gracia,
actualmente lo ocupan instalaciones de la Universidad de Guadalajara.

Edificio ubicado en la confluencia de las calles Morelos y Angela Peralta donde originalmente se construyeron las primeras Casas Consistoriales, sede del primer Ayuntamiento de la cuarta y última Guadalajara, de la que fue primer Alcalde el capitán don Miguel de Ibarra.



Pintura que muestra la Catedral de Guadalajara en la segunda década del siglo XIX cuando perdió sus torres durante un sismo registrado en 1818.

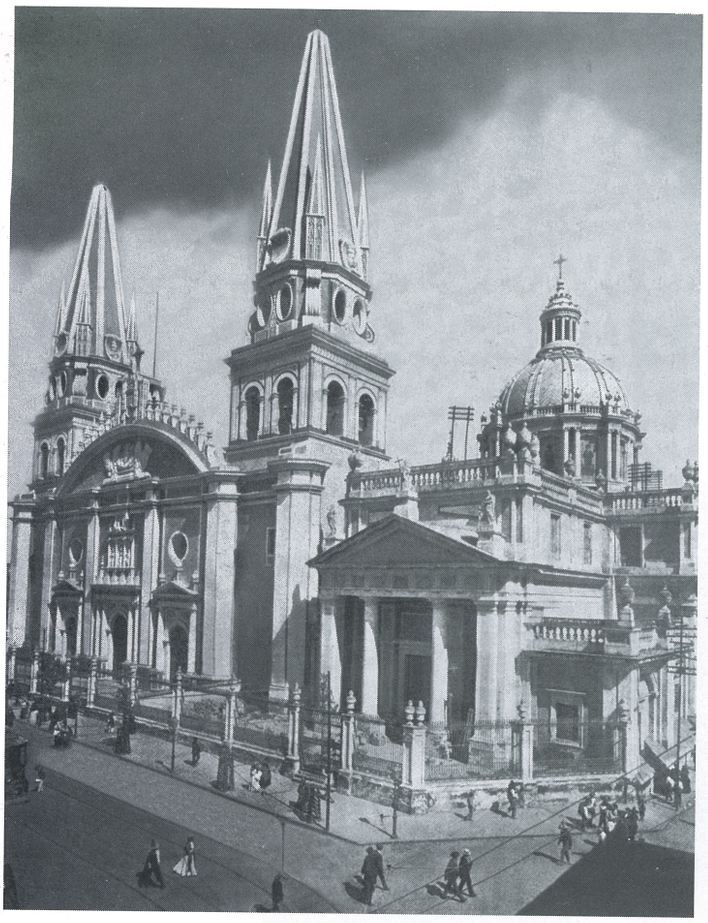
Primer Santuario de la virgen de Zapopan, construido a semejanza de la catedral de Guadalajara de ese entonces.



Originalmente existió en el centro de la Plaza de Armas una fuente de donde se abastecían de agua los vecinos de la zona y se daba de beber a los animales.

Fotografía del año 1860 donde se pueden advertir la plaza de armas y los primeros portales que tuvo Guadalajara. Al fondo Catedral y el Palacio Episcopal.

Esta fotografía de Catedral es aproximadamente del año 1890, en ella se muestra la verja de hierro colocada al frente entre pilastras de cantera y macetones. Testigo de la época es el tranvía jalado por mulitas, servicio de transporte colectivo, el primero que existió en todo México a partir de 1885.



En 1911 todavía lucían, tanto la Catedral de Guadalajara como el Sagrario, la verja que delimitaba su atrio, la cual cuatro años después fue retirada del lugar para dar más amplitud a la calle.

Plaza de Armas y los originales portales más antiguos de
la ciudad, fotografía tomada a principios del siglo XX.

Esta fotografía corresponde ya a los años cincuentas del siglo pasado,
cuando el centro urbaho de Guadalajara empezaba a transformarse

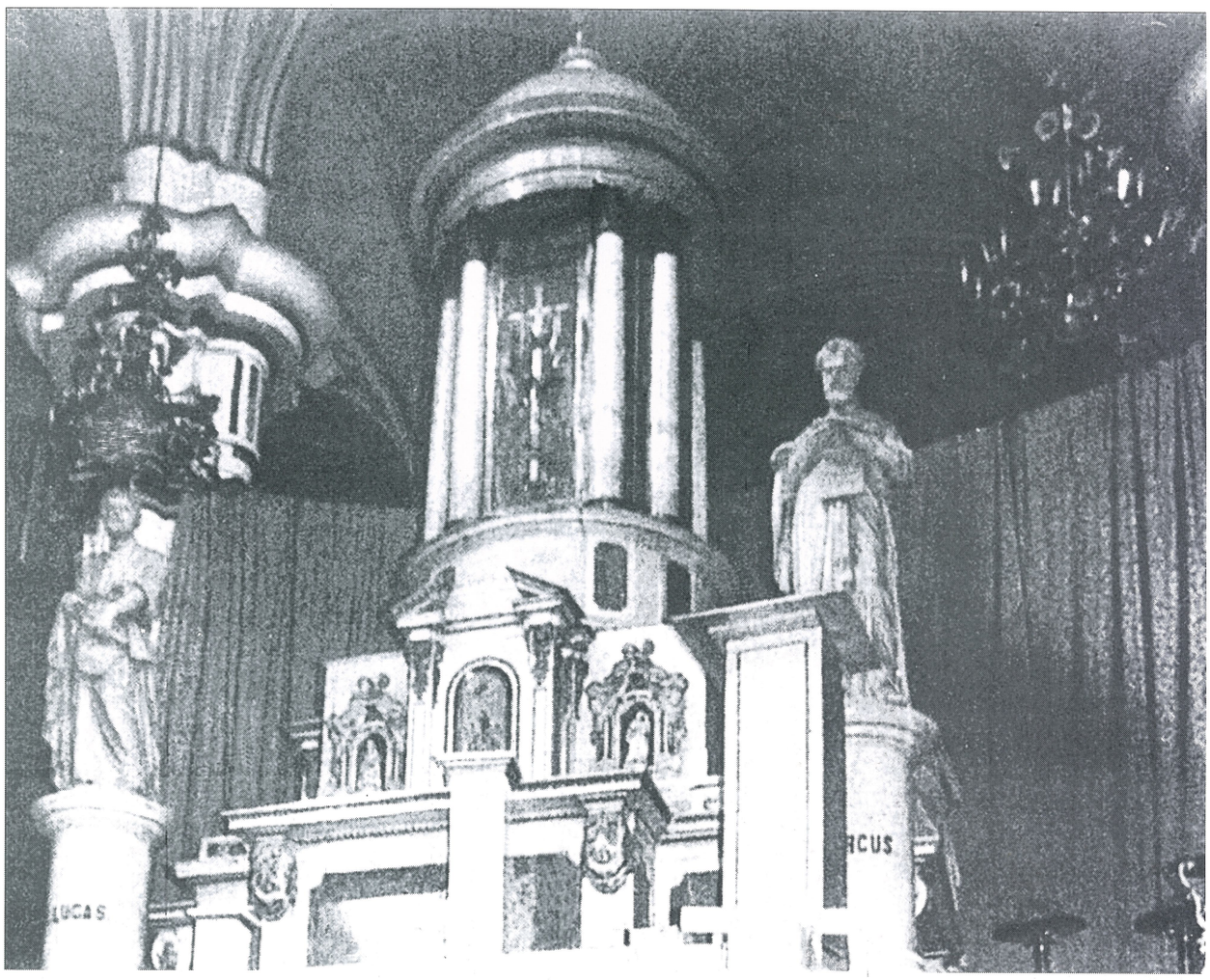
Las torres de Catedral se podían observar desde cualquier punto de la ciudad como lo muestra esta fotografía de 1920 tomada desde los edificios que rodeaban la Plazuela de la Universidad.

Aquí se observa la calle Pedro Loza, continuación de la calle Colón, también en 1920. Al fondo el Santuario de la virgen de Guadalupe.

La Plaza de Armas lucía desde 1908 el actual kiosco fabricado en Francia. Al fondo El Sagrario y Catedral.

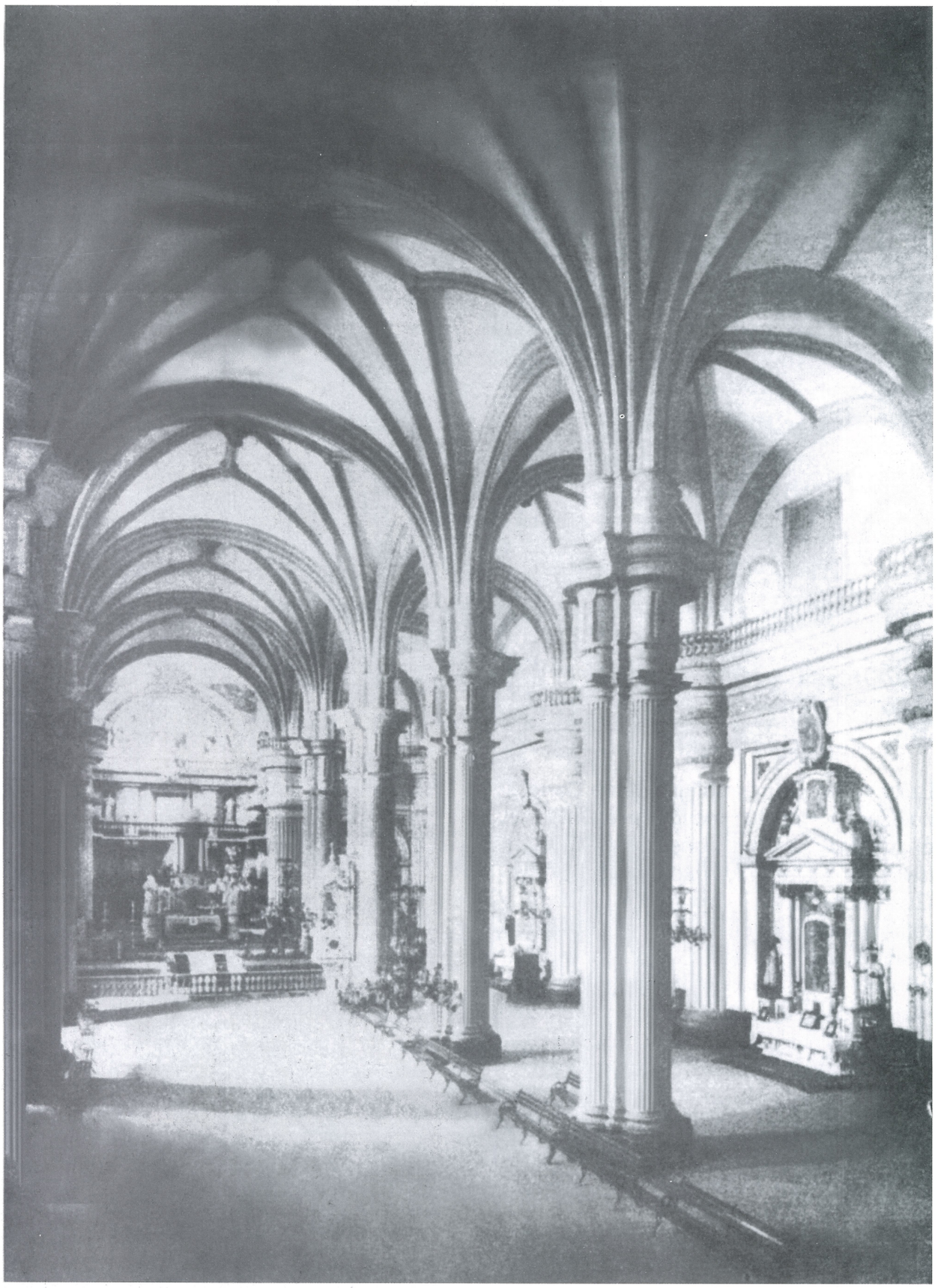
Avenida 16 de Septiembre a finales del siglo XIX a partir de su cruce con la calle Morelos. A la izquierda la Plaza de Armas y al fondo la torre del templo de San Francisco.

Nave central de la Catedral Metropolitana de Guadalajara, en la primera mitad del siglo XX



Bello ciprés en mármol blanco de Carrara colocado en el altar mayor de la Catedral, el cual fue mandado construir en 1866 a Italia por el segundo Arzobispo de Guadalajara don Pedro Loza y Pardavé, y retirado del lugar en 1992 por el Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo por considerarlo anticuado cuando surgió otro más de esos movimientos renovadores en la decoración de la Catedral de los que poco a poco han ido acabando lo que con tanto esfuerzo y en tanto tiempo se había logrado para decorarla con un poco de arte en su interior, ya que el exterior prácticamente no tiene forma de recibir ayuda alguna para este fin.

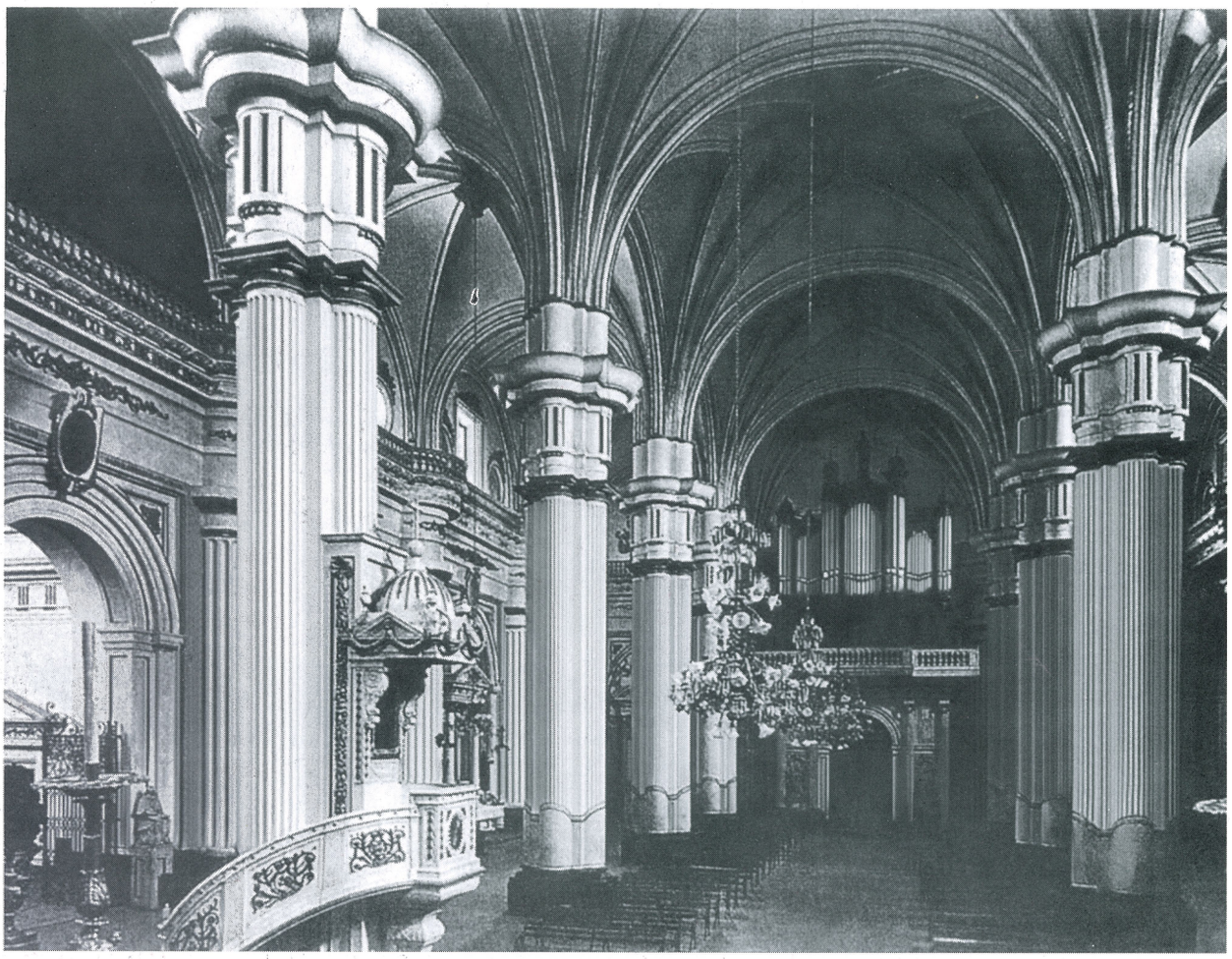
Capilla dedicada a honrar al Señor de las Aguas. Fue el primer Sagrario que tuvo la Catedral de Guadalajara.



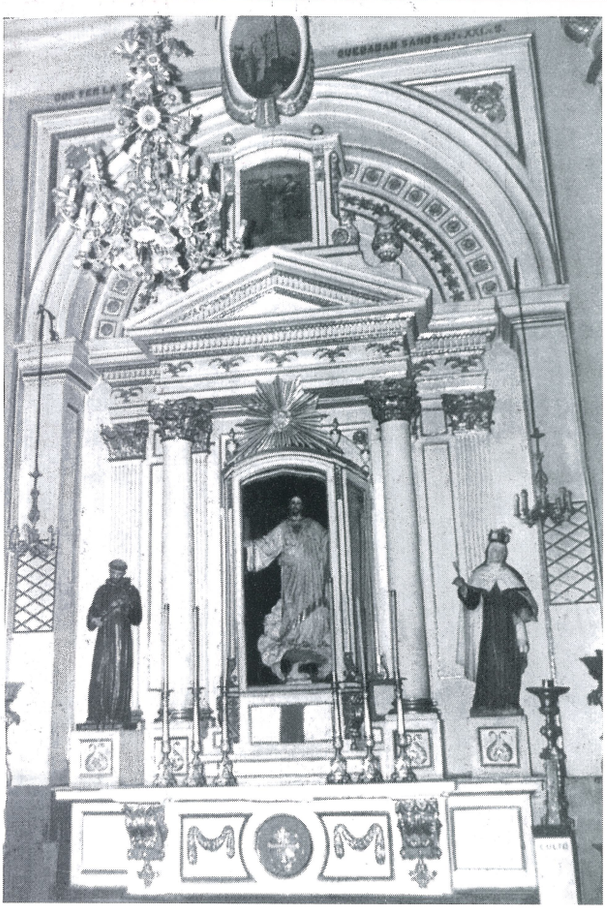
Naves central y derecha de la Catedral de Guadalajara en las cuales es posible apreciar las regias columnas que soportan las bóvedas y los altares aparentes que fueron colocados en los muros laterales.

Vista del antiguo Coro de la Catedral Metropolitana de Guadalajara.

Artístico altar lateral en el interior de Catedral, dedicado a la veneración del mártir Juan Nepomuceno.



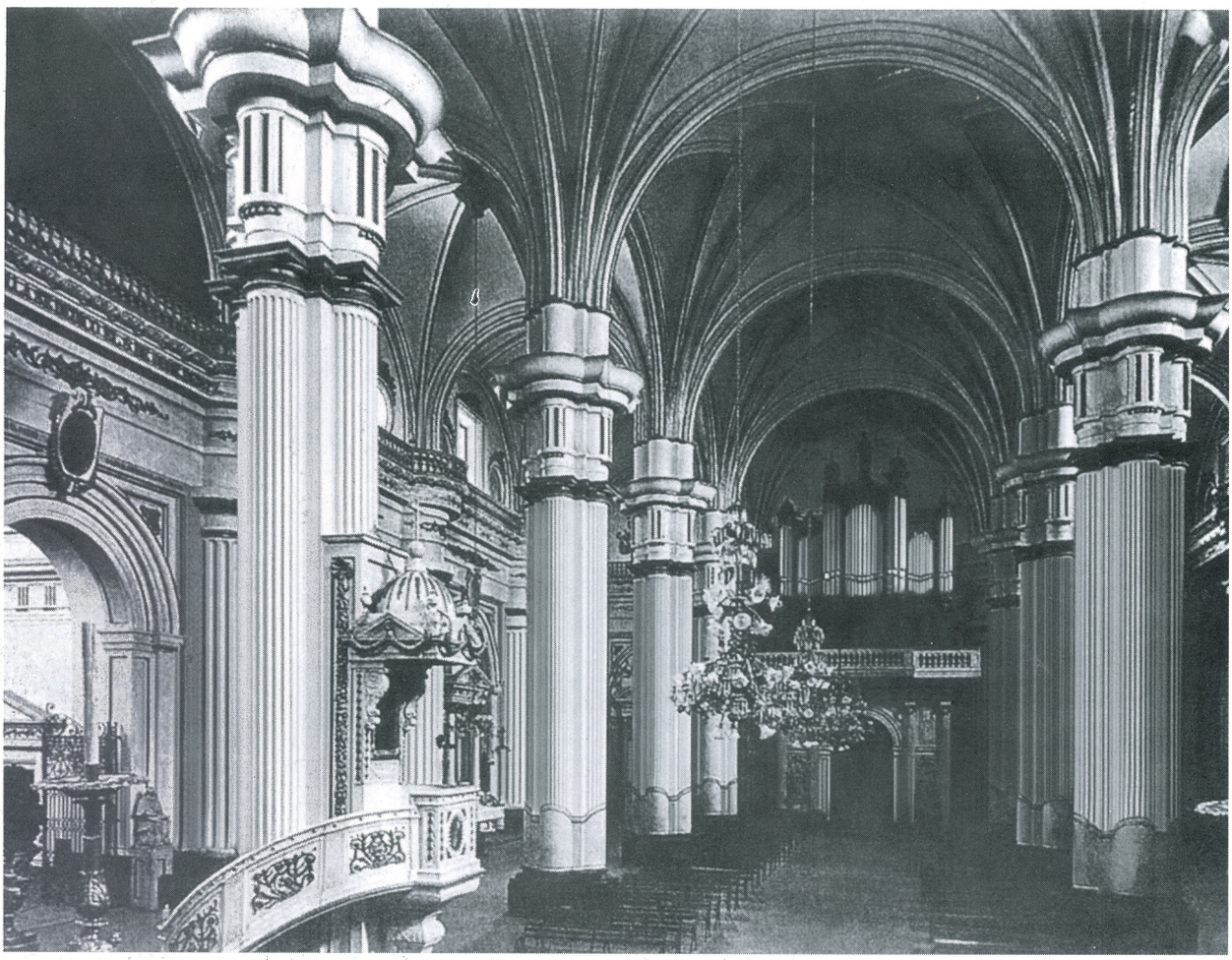
Vista hacia el lado posterior de la nave central de Catedral, en el lado izquierdo se aprecia el magnífico púlpito que junto con el ciprés del altar mayor fue fabricado en Italia, con mármol blanco. Al fondo el órgano que fue mandado construir especialmente a Francia en 1893.



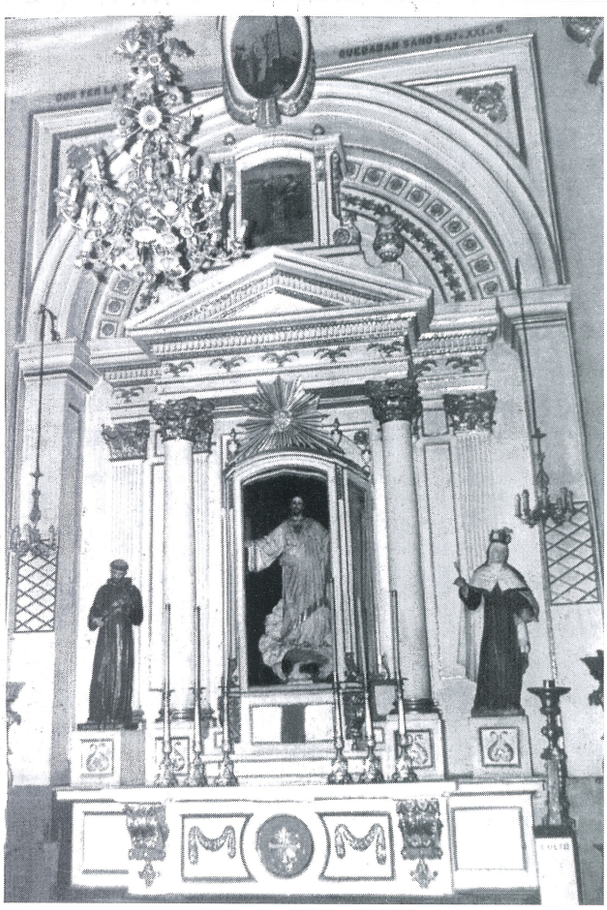
Altar lateral, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.

Vista del antiguo Coro de la Catedral Metropolitana de Guadalajara.

Artístico altar lateral en el interior de Catedral, dedicado a la veneración del mártir Juan Nepomuceno.



Vista hacia el lado posterior de la nave central de Catedral, en el lado izquierdo se aprecia el magnífico púlpito que junto con el ciprés del altar mayor fue fabricado en Italia, con mármol blanco. Al fondo el órgano que fue mandado construir especialmente a Francia en 1893.



Altar lateral, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.

Vista de los vitrales y el Coro de la Catedral Metropolitana de Guadalajara.

El magnífico órgano con que cuenta la Catedral de Guadalajara fue construido en París bajo la supervisión del organista don Francisco Godínez. Se instaló y bendijo el 18 de enero de 1893

43 Entre los imponentes racimos de cuatro columnas estriadas que soportan las bóvedas de Catedral se observan parte de las naves central e izquierda

Fotografía de la primera mitad del siglo XX

Sagrario Metropolitano y parte posterior de Catedral en una perspectiva tomada desde la puerta de Palacio de Gobierno, en los años treintas del siglo pasado.

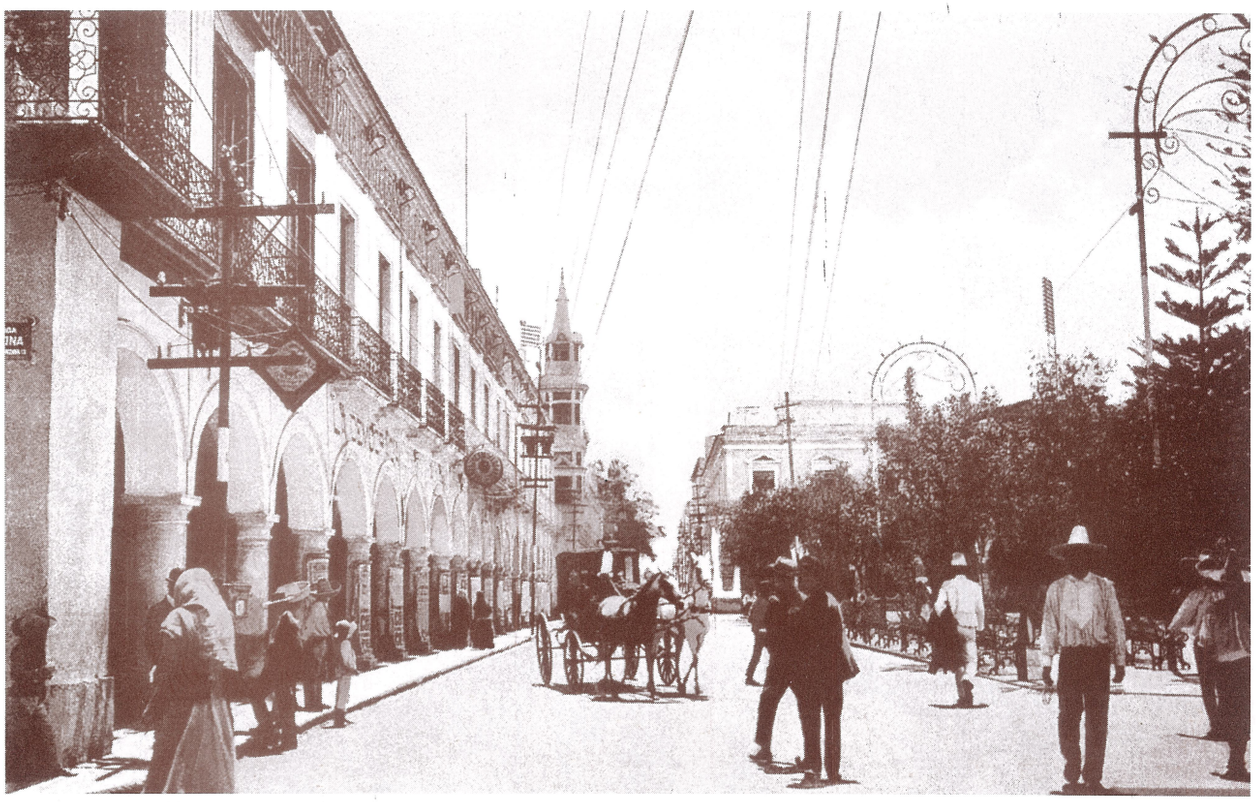
Catedral vista desde la calle Pedro Moreno. Se observan además la Plaza de Armas y los portales ubicados frente a la misma, los cuales se construyeron alrededor del año 1600 y se derrumbaron en 1950 para ampliar la avenida 16 de Septiembre.

A la derecha los portales construidos por los Agustinos, en el tramo de la calle Pedro Moreno, entre Colón y 16 de Septiembre. Adviértase en la parte media de la construcción, el escudo en cantera, de la congregación.

Calle Pedro Moreno a principios del siglo pasado. A la derecha parte de los primeros portales que se construyeron en Guadalajara sobre la hoy avenida 16 de Septiembre, lugar donde estuvo la casa de don Juan de Saldívar.

Calle Pedro Moreno vista desde la azotea del Palacio de Gobierno. Destacan parte del Portal Quemado y el edificio de los almacenes «La Ciudad de México», en la esquina con 16 de Septiembre.

Otra vista de la calle Pedro Moreno pero ya en los años treintas del siglo XX, con los mismos elementos de la fotografía anterior más una parte de los primeros portales de la ciudad, los que llegaron a ser propiedad de las monjas dominicas de Santa María de Gracia y se conocían con el nombre de Portal de los Dominicos.



«Portal Quemado», así se conoce a este que se encuentra por Pedro Moreno, al sur de la Plaza de Armas, fue construido a principios de 1600, sufrió dos incendios: en 1731 y en 1845, éste pudo ser apagado con la ayuda de numerosos vecinos que prestaron su ayuda acarreando agua en cántaros desde la pila ubicada en el centro de la Plaza de Armas.

La antigua calle de Loreto, hoy Pedro Moreno, fue de las principales en el desarrollo del centro urbano de Guadalajara al inicio del siglo XX, esta fotografía fue tomada desde la esquina con la calle Colón.

En esta página se muestran fotografías del mismo lugar en diferentes fechas: los portales de Pedro Moreno a partir de la esquina con la calle Colón, a la izquierda los que fueron de las monjas de Santa María de Gracia y a la derecha los construidos por los Agustinos. La fotografía superior corresponde al inicio de los años veintes del siglo pasado y la inferior a los años treintas. Nótese el tipo de alumbrado público así como el remate del torreón visible del Palacio de Gobierno.

Magnífica toma de la calle Pedro Moreno a partir de la Plazuela de la Universidad hacia el oriente, su fecha es aproximadamente 1915 ya que al fondo se observa el pegote que se mandó construir en las esquinas del frente de Palacio de Gobierno por el entonces gobernador Coronel Ahumada, en 1910, dentro de los arreglos que se hicieron a la ciudad para festejar el centenario de la Independencia. Esta zona era desde entonces centro de una intensa actividad comercial.

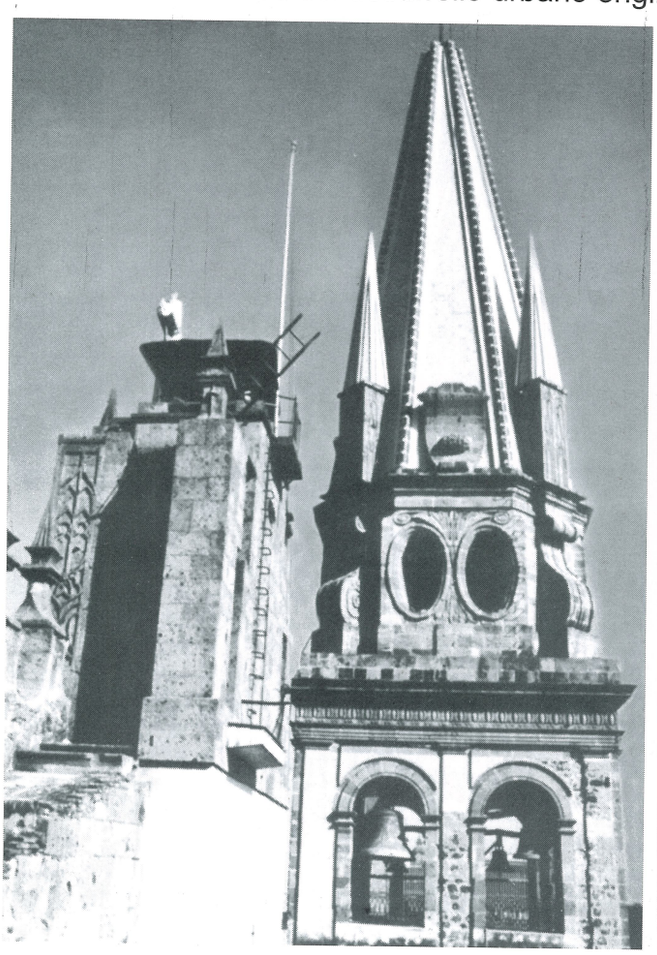
Edificio en la esquina de Pedro Moreno y Corona, el que por muchos años ocuparon los Almacenes «El Nuevo Mundo» y actualmente la Secretaría de Finanzas.

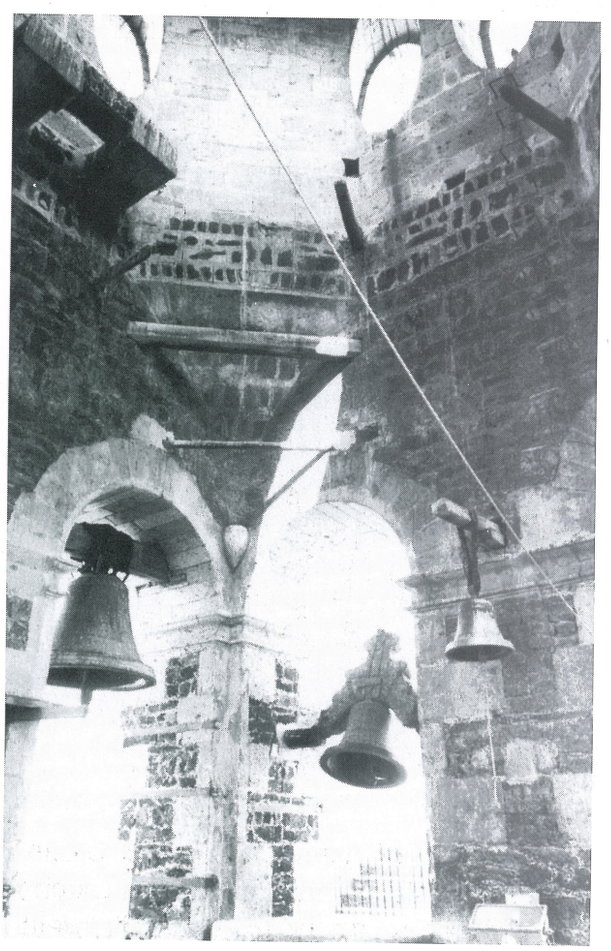
Plaza de Armas y Catedral al fondo, al iniciar la década de los años cuarentas del siglo pasado, vistas desde Pedro Moreno y Corona, nótese la doble hilera de bancas alrededor de la plaza.

El «Portal Quemado», visto desde la Plaza de Armas en los primeros años del siglo pasado.

Las famosas «Alacenas», comercios que estuvieron instalados en los portales de la ciudad y que por muchos años fueron un símbolo de la vocación muy propia de los habitantes de la capital tapatía.

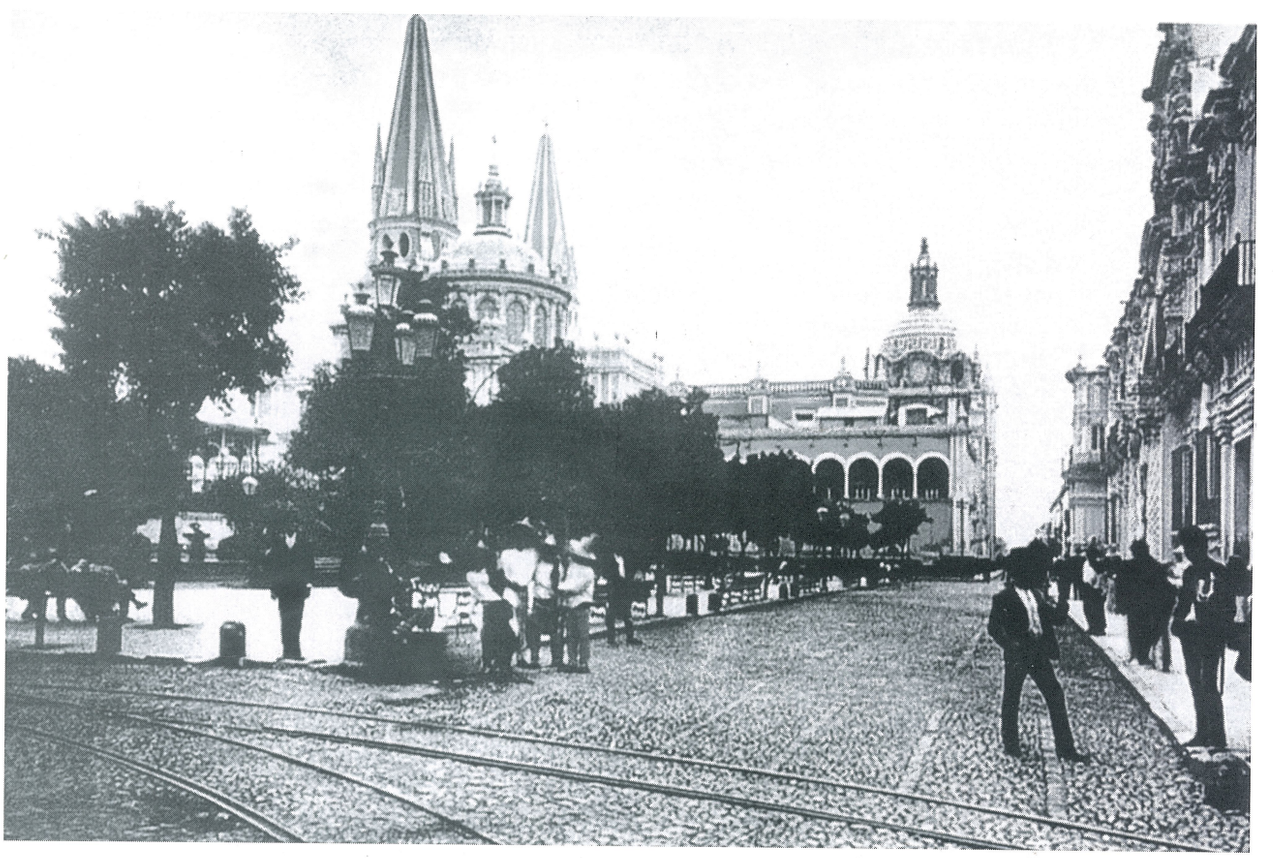
Fotografías de la Catedral de Guadalajara, sus torres y campanarios en los últimos años del desarrollo urbano original de la ciudad.





Al finalizar los años treintas del siglo XX ya había desaparecido el atrio de Catedral y el Palacio Episcopal se acondicinó para ser sede del Ayuntamiento de la ciudad.

Fotografía del Sagrario y Catedral desde la Plaza de Armas, en los años treintas del siglo pasado.



El centro de la ciudad siempre se caracterizó por una intensa actividad comercial y social, de manera que no pocos tapatíos tenían la costumbre de acudir a lugares como los portales, la plazuela de Catedral o la Plaza de Armas, para conversar con sus amistades. Esta fotografía fue tomada desde la esquina de las calles Pedro Moreno y Corona.

A la mitad del siglo XX Guadalajara vivía la experiencia de una magna transformación urbana que en su momento se calificó de trascendente, entre las obras importantes figuró la Plaza Guadalajara, mejor conocida como de «Los Laureles», ubicada frente a Catedral. Al principio y sólo por un breve tiempo esta plaza tuvo prados semejantes a los de la Plaza de Armas, bancas metálicas y un carril para estacionamiento de vehículos, paralelo a la avenida Alcalde. Poco tiempo después se modificó el trazo de esta plaza.

Previa a la magnífica fuente que hoy luce la Plaza Guadalajara en el lugar estuvo una jardinera que resultaba mínima para la magnitud de la plaza.

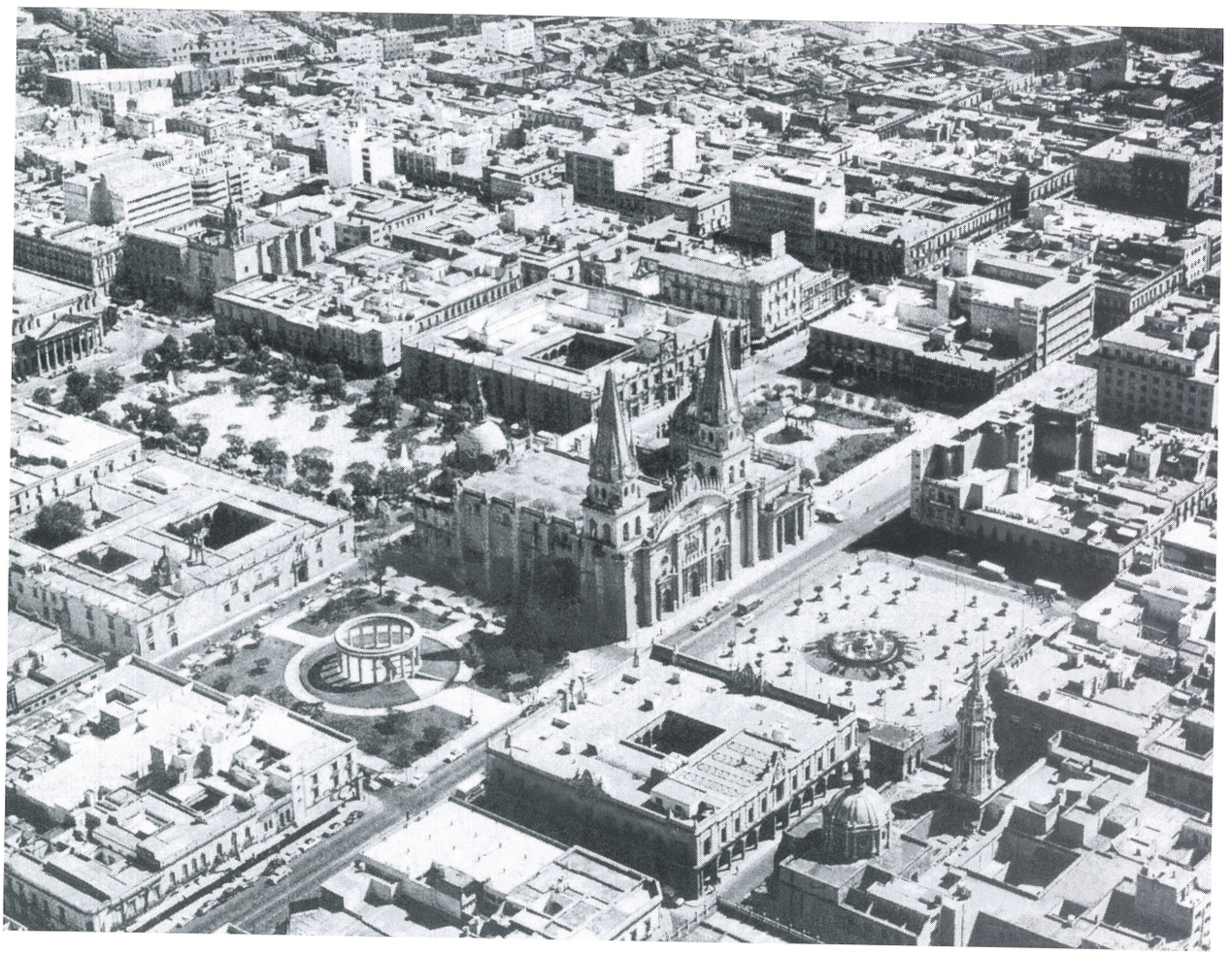
Aún faltando por derruir algunas fincas urbanas cuyos dueños se ampararon y evitaron que las obras se desarrollaran con la celeridad pretendida, se procedió a construir en la Plaza Guadalajara, el sótano que fue destinado para estacionamiento de vehículos.

La construcción de la Plaza Guadalajara dio un cambio urbano muy notorio al tradicional centro de la capital tapatía, transformándolo en una agradable zona de espacios abiertos.

En esta serie de tomas aéreas se advierte claramente la transformación tan importante que experimentó el centro de Guadalajara alrededor de Catedral, al realizarse obras de considerable magnitud para su tiempo. El paso de los años ha demostrado que tal vez fueron estos cambios los únicos que realmente beneficiaron el desarrollo urbano de la capital tapatía, ya que la ampliación de calles y avenidas que implicó modificar la fisonomía de la ciudad sólo significó el pago de un precio demasiado elevado para los pobres resultados obtenidos.

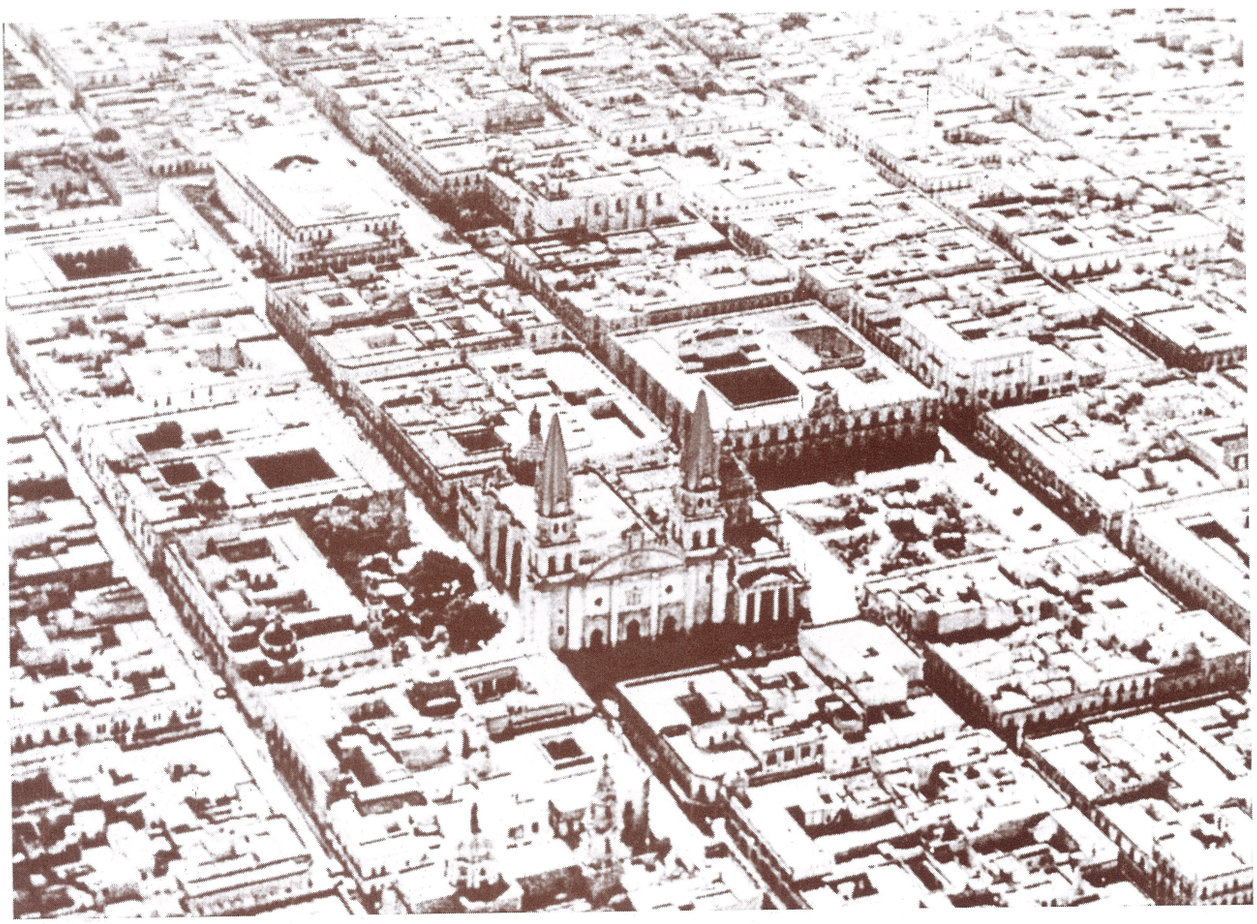
En la fotografía de esta página se aprecia al frente de Catedral, la media manzana que formaba la Plazuela de Catedral y al norte de la misma la finca que fue el Palacio Episcopal y posteriormente sede del Ayuntamiento de la ciudad, colindando con la Casa de Moneda frente al templo de la Merced. Al lado norte de Catedral se observa el jardín y el templo de la Soledad, así como las casas donde estuvieron las oficinas de Correos, Telégrafos y Hacienda, lugar donde ahora se encuentra la Rotonda de los Hombres Ilustres. Al oriente de esta plaza, el edificio del ahora Museo Regional de Guadalajara.

En la parte posterior de Catedral todavía las dos manzanas de edificaciones que se demolieron después para abrir espacio a la Plaza de la Liberación.



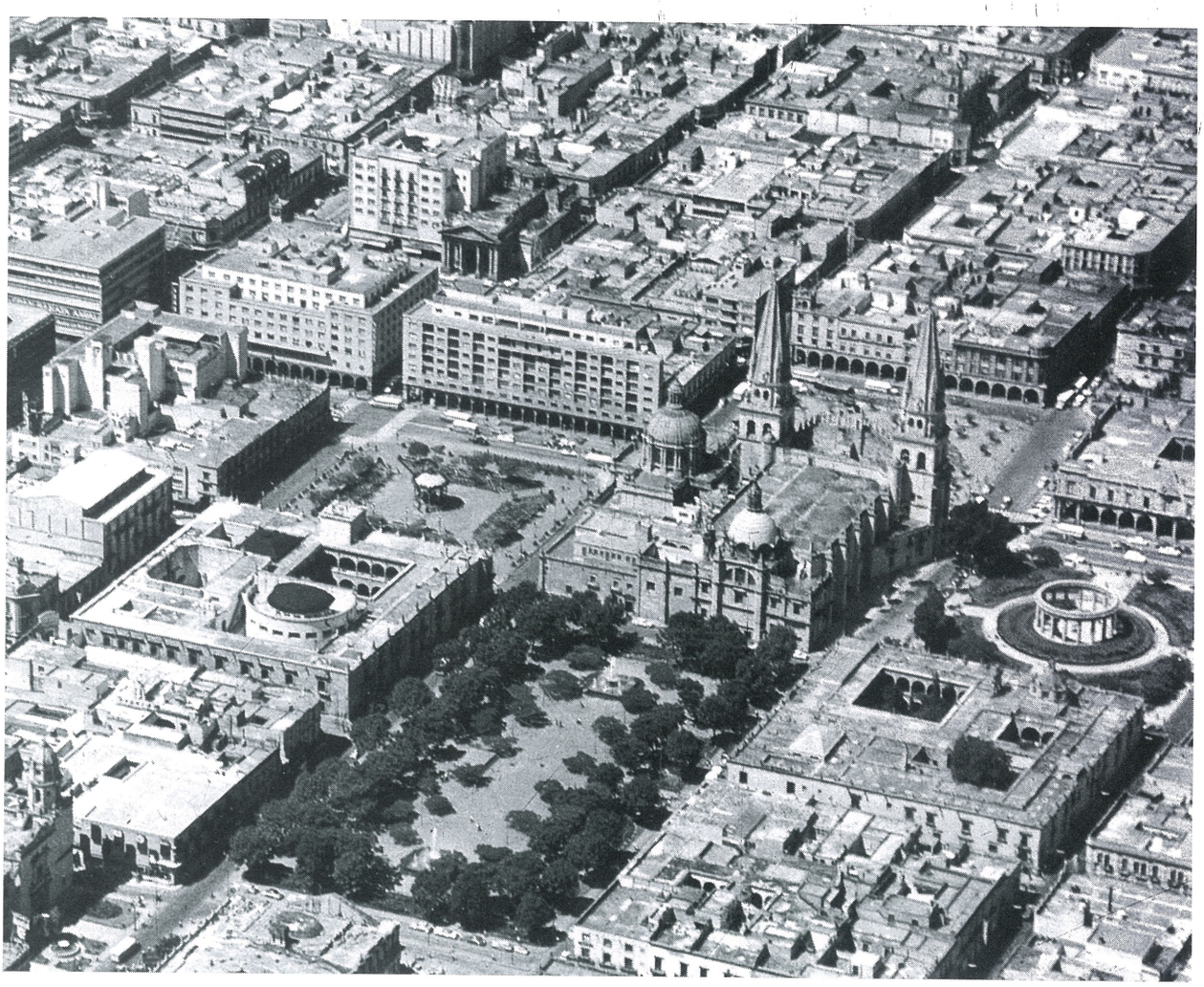
En la presente fotografía se puede observar el gran cambio experimentado alrededor de Catedral, en el centro urbano de Guadalajara. Al frente, la Plaza Guadalajara popularmente conocida como «Plaza de Los Laureles», donde antes estuvo la Plazuela de Catedral y al norte de ella el nuevo edificio que se construyó en toda la manzana para albergar las instalaciones del Ayuntamiento de la ciudad. Al lado norte de Catedral se advierte ya la presencia de la Rotonda de los Hombres Ilustres que vino a sustituir lo que fue templo y jardín de la Soledad, así como oficinas de Correos, Telégrafos y Hacienda. Lo único que nunca desapareció del lugar fue el sitio de calandrias «Providencia», el cual todavía se localiza por la calle Liceo frente al edificio que ocupa el Museo Regional de Guadalajara.

En la parte posterior de Catedral se observa la zona despejada que se formó al ser derruidas las fincas de dos manzanas para dar paso a la Plaza de la Liberación, lo que abrió un magnífico espacio entre la parte posterior de Catedral y el frente del Teatro Degollado, se puede decir que en el lugar más inmediato a donde se trazó la primera plaza principal de la ciudad, al norte del templo de San Agustín, cuando fue fundada por cuarta y última vez la capital de la Nueva Galicia.



Esta toma aérea corresponde a los años cuarentas del siglo pasado, realmente poco antes de iniciar la transformación urbana del centro de la ciudad. Se puede advertir cómo la Catedral pese a tener tres plazas, al frente y a los lados formaba un conjunto clásico del trazo urbano español donde a pesar de tener áreas suficientes la tendencia siempre fue hacinar construcciones alrededor de centros religiosos y mercados. Es posible observar lo estrecho de las calles, entre ellas la avenida Hidalgo, una de las principales arterias de circulación y desarrollo comercial.

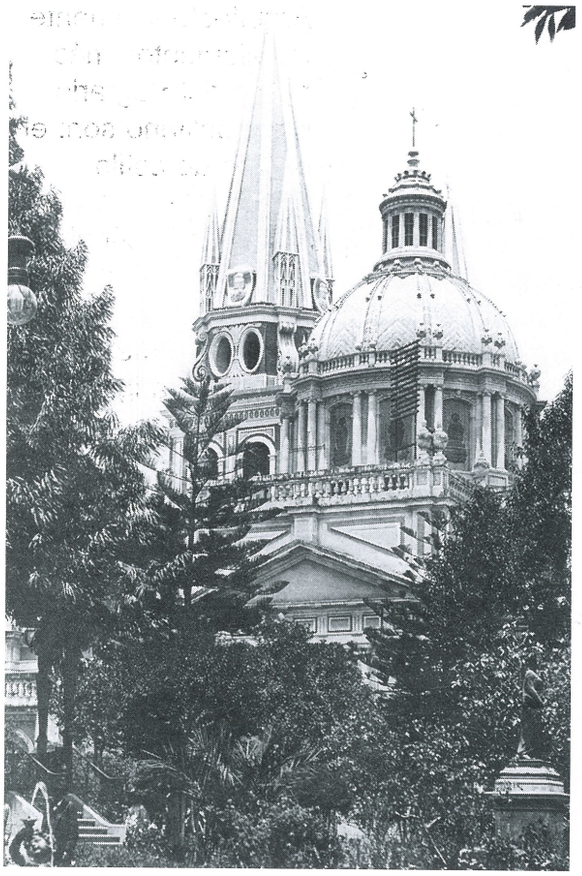
En realidad en el centro de la ciudad los únicos espacios abiertos que se tenían eran la Plaza de Armas y las plazuelas de Catedral y la Soledad, el resto de construcciones eran grandes edificios y calles estrechas. Para mediados del siglo XX Guadalajara ya había alcanzado un gran desarrollo demográfico que exigía medidas de urbanización moderna, como las que se adoptaron para construir los grandes espacios abiertos alrededor de Catedral.



Hechas las modificaciones al centro urbano de Guadalajara a partir de la década de los años cincuentas del siglo pasado, surgieron grandes edificaciones destinadas al servicio de oficinas, bancos y principalmente comercios, las que cambiaron la fisonomía de la ciudad y en su momento le dieron un aspecto de gran modernidad.

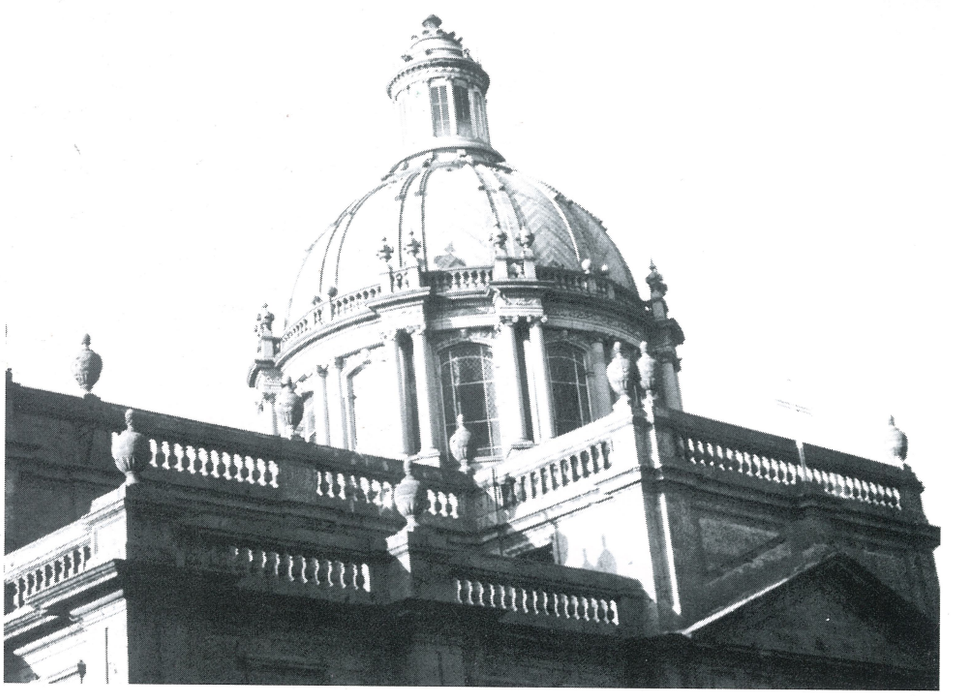
Los viejos edificios que se conservaron alrededor de la Plaza de la Liberación como son los del Museo que originalmente fue Seminario de San José; el que antiguamente fue estanco del tabaco y que hoy ocupa el Congreso del Estado, así como el que fuera beaterio o colegio para niñas pobres, parte del Convento de Santa María de Gracia y ahora sede del Supremo Tribunal de Justicia, así como el mismo templo, junto con la parte frontal del Teatro Degollado, el templo de San Agustín y el propio Palacio de Gobierno, forman un bello conjunto de gran armonía que es de lo muy poco que conserva de auténtico valor de su pasado histórico la capital jalisciense.

Sagrario Metropolitano, construido a partir de 1808 con ochenta mil pesos que para ello heredó Fray Antonio Alcalde. La primera piedra de esta iglesia la bendijo el Obispo Juan Ruiz de Cabañas y Crespo.



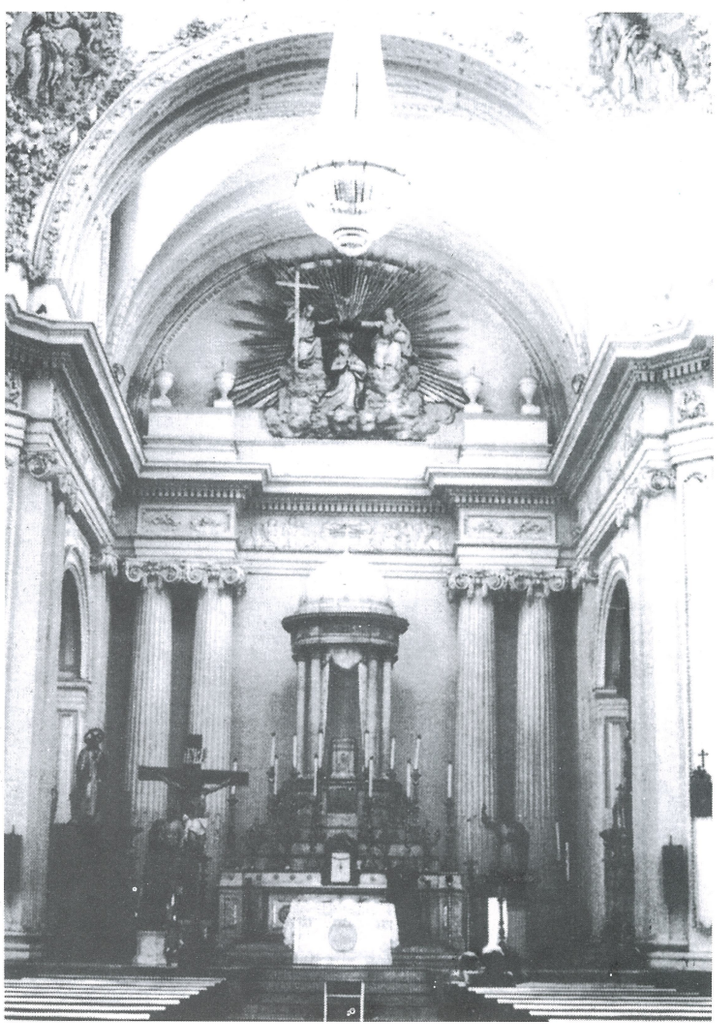
Tomas fotográficas del Sagrario Metropolitano y Catedral desde la Plaza de Armas, si bien corresponden a fechas diferentes finalmente no son muy distantes ya que ambas corresponden a la primera mitad del siglo pasado.

Arquitectónicamente los elementos más bellos del Sagrario Metropolitano son: el pórtico de estilo griego y la majestuosa cúpula realizada por el arquitecto don Manuel Gómez Ibarra. Esta iglesia sufrió graves daños en bóvedas y columnas de la cúpula durante los temblores registrados en febrero de 1875 lo que obligó a cerrarla para ser reparada. Nuevamente se vio afectada en 1900, por la misma causa lo que obligó a cerrar la iglesia durante diez años, para una vez más rescatarla para el patrimonio de Guadalajara.



Bella imagen de la Virgen María, que se venera en el Sagrario Metropolitano.

En 1950 se agregó una segunda planta al Sagrario.

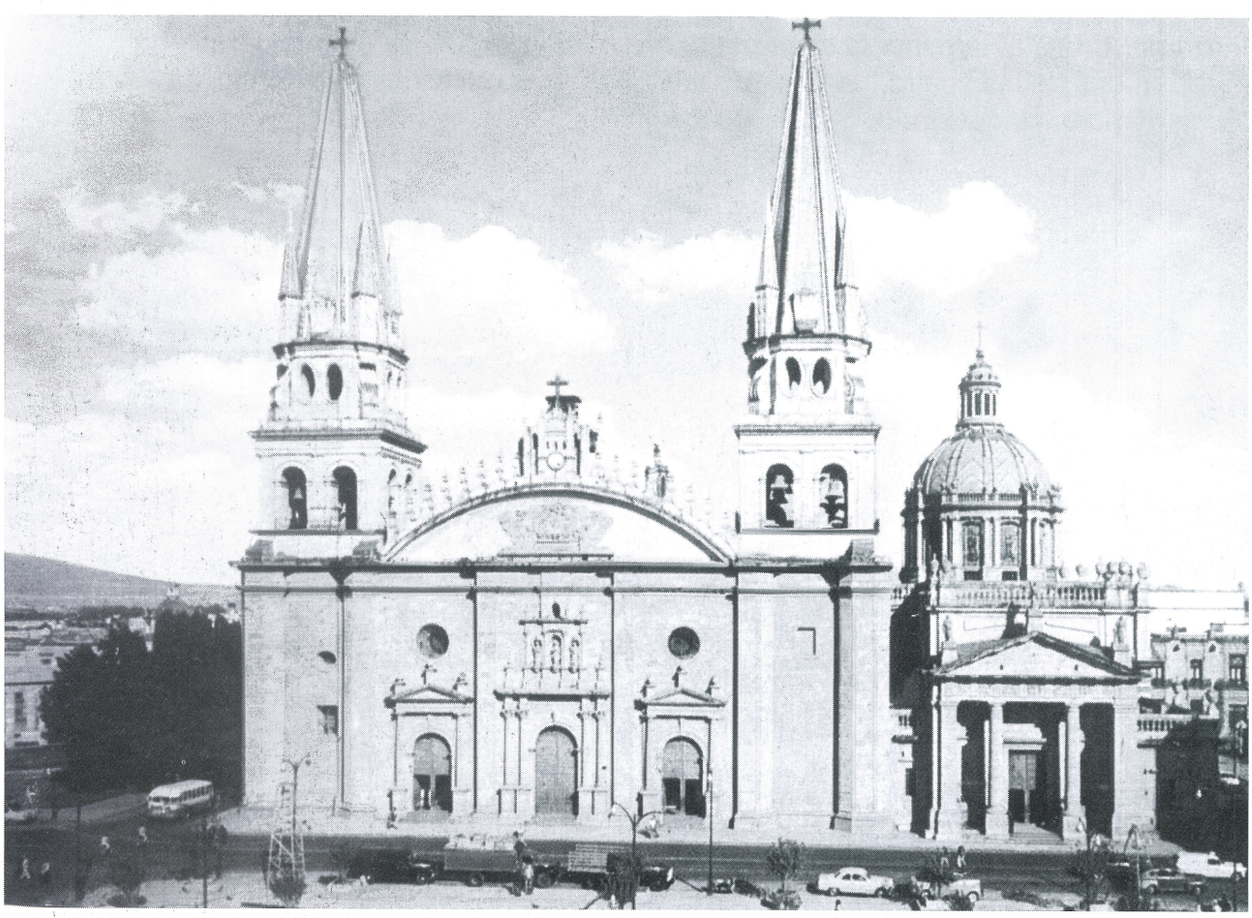


Magnífico interior del Sagrario Metropolitano. En primer término la cúpula construida por el arquitecto Manuel Gómez Ibarra ricamente ornamentada tanto al exterior como al interior. Abajo el altar mayor con su ciprés en mármol blanco, el original desde que se construyó esta iglesia a partir de 1808 con dinero donado por Fray Antonio Alcalde en su testamento y que abrió sus puertas a la feligresía en 1839.

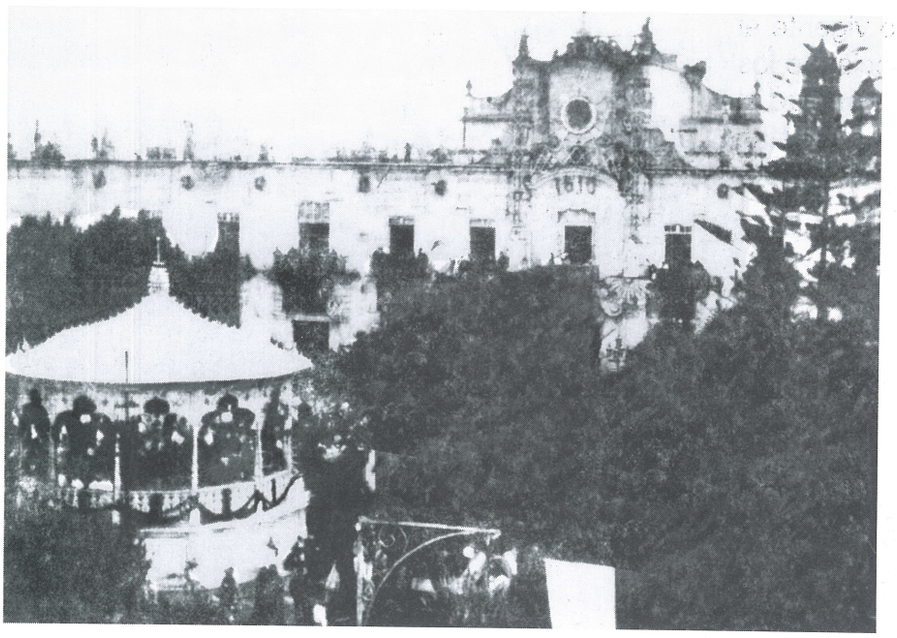
Plaza de Armas al terminar la segunda década del siglo XX, en esta fotografía se aprecian dos de las cuatro fuentes que tuvo, una en cada esquina, al fondo los primeros portales construidos en Guadalajara.

Plaza de Armas vista desde Catedral en una fotografía de la misma época.

Panorámica hacia el poniente de Guadalajara desde las torres de Catedral. A la derecha puede advertirse el domo central del mercado Corona.



A mediados del siglo XX, una vez terminadas las obras de urbanización del centro de la ciudad, tanto Catedral como el Sagrario Metropolitano parecían adquirir una nueva dimensión una vez abiertos los espacios que propiciaban las nuevas plazas recién construidas.



El primer kiosco que tuvo la plaza de armas fue construido por los soldados del 13o Batallón en 1880, donde tocaba la Banda de ese cuerpo militar.

Para el año de 1908 fue instalado e inaugurado el actual kiosco que luce la Plaza de Armas, el cual fue mandado construir a Francia.

Tradición que mantuvo vigente el sentido humano y social de los tapatíos por muchos años, fue el gusto por concurrir a las serenatas que se ofrecían desde el kiosco de la Plaza de Armas.

En épocas recientes, este kiosco ha servido a los tapatíos desde tribuna hasta foro para manifestaciones de expresión política, motivo de ornamentación turística y algunas veces una ahogada serenata de música de antaño.

Calle Morelos en su cruce con 16 de Septiembre al principio de los años treintas del siglo pasado.

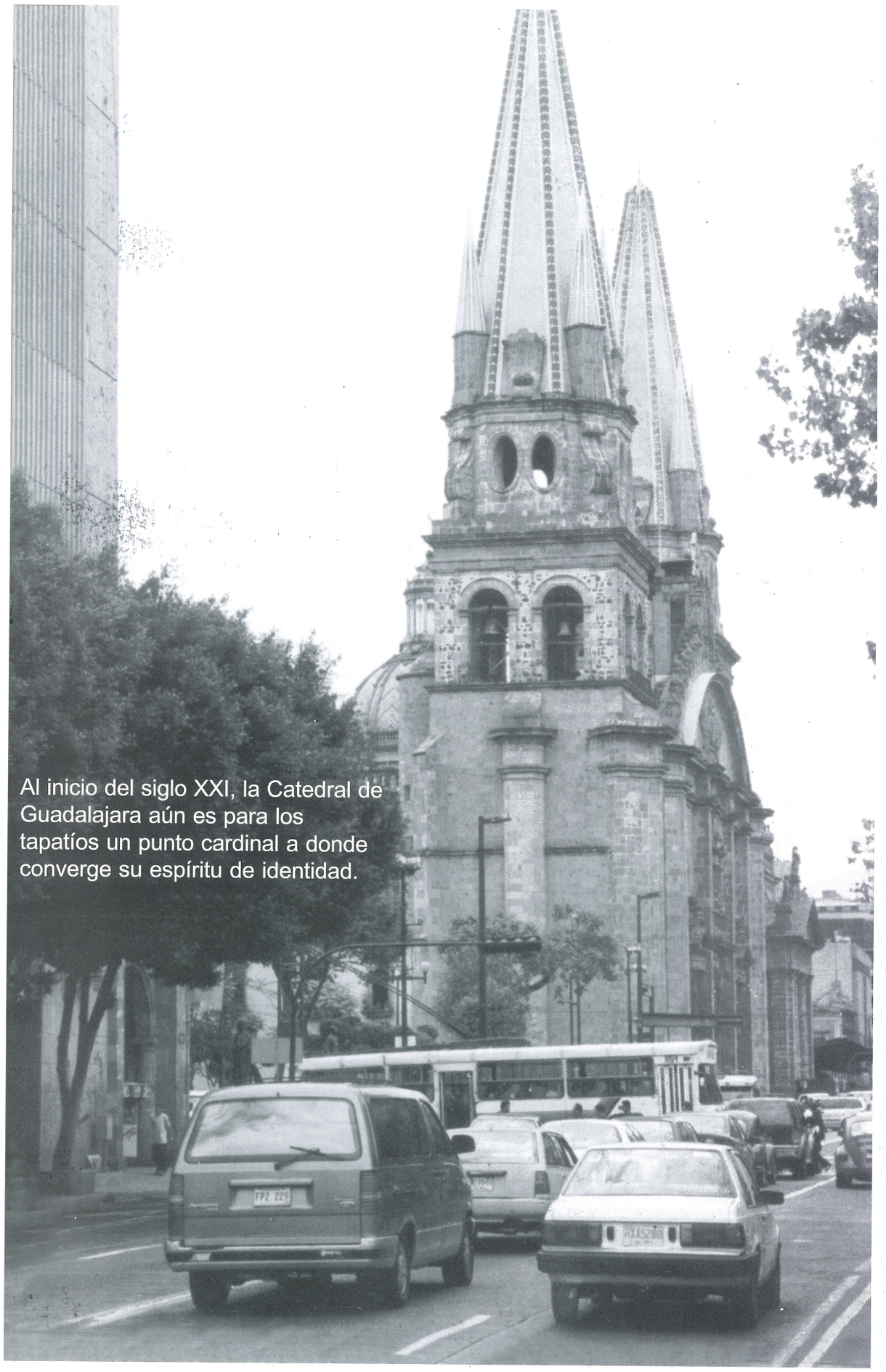
Av. 16 de septiembre a partir de su cruce con Morelos, también en los años treintas del siglo XX.

Esta fotografía corresponde al año de 1948 cuando dentro del plan de modernización urbana del centro de la ciudad se procedió a derribar lo que fue el Palacio Episcopal, posteriormente sede del Ayuntamiento de Guadalajara. En ese entonces la Catedral también fue objeto de cierta restauración.

Para enero de 1952 el Ayuntamiento de Guadalajara iniciaba oficialmente sus funciones en el nuevo edificio construido para ser su sede, donde hasta la fecha permanece. Esta fotografía que corresponde a los últimos años de la década de los cincuentas muestra el cambio que experimentó el centro urbano de la ciudad.

La Plaza Guadalajara, conocida como de Los Laureles, quedó finalmente como se observa en esta fotografía, en el preciso lugar donde anteriormente estuvo la Plazuela de Catedral, todo un cambio después de cuatrocientos años.

Con el nombre de Alcalde se conoce este calle desde 1893, cuando el Benemérito de Guadalajara cumplió cien años de muerto. Antes era llamada de Santo Domingo.



Al inicio del siglo XXI, la Catedral de Guadalajara aún es para los tapatíos un punto cardinal a donde converge su espíritu de identidad.

La plazuela de Catedral era los domingos a la salida de misa de 12, lugar obligado de reunión para los tapatíos, la cual era sumamente concurrida. Al fondo de la plazuela el edificio del Palacio Episcopal.

Aquí se puede apreciar con claridad la verja que delimitaba el atrio de Catedral, en los años veintes del siglo pasado; el Palacio Episcopal y la importante zona comercial formada frente a la iglesia mayor de Guadalajara.

Desde los últimos años del siglo XIX el transporte colectivo en la ciudad lo atendían tranvías jalados por mulitas.

Importantes comercios establecidos frente a la Plazuela de Catedral confirmaban la vocación natural en los habitantes de Guadalajara que siempre han encontrado en esta actividad la principal fuente de ocupación.

En la década de los años treintas del siglo pasado ya había sido retirada la verja del atrio de Catedral, el Ayuntamiento se había establecido en lo que fue el Palacio Episcopal y la ciudad contaba con modernos carros de sitio o alquiler para su servicio.

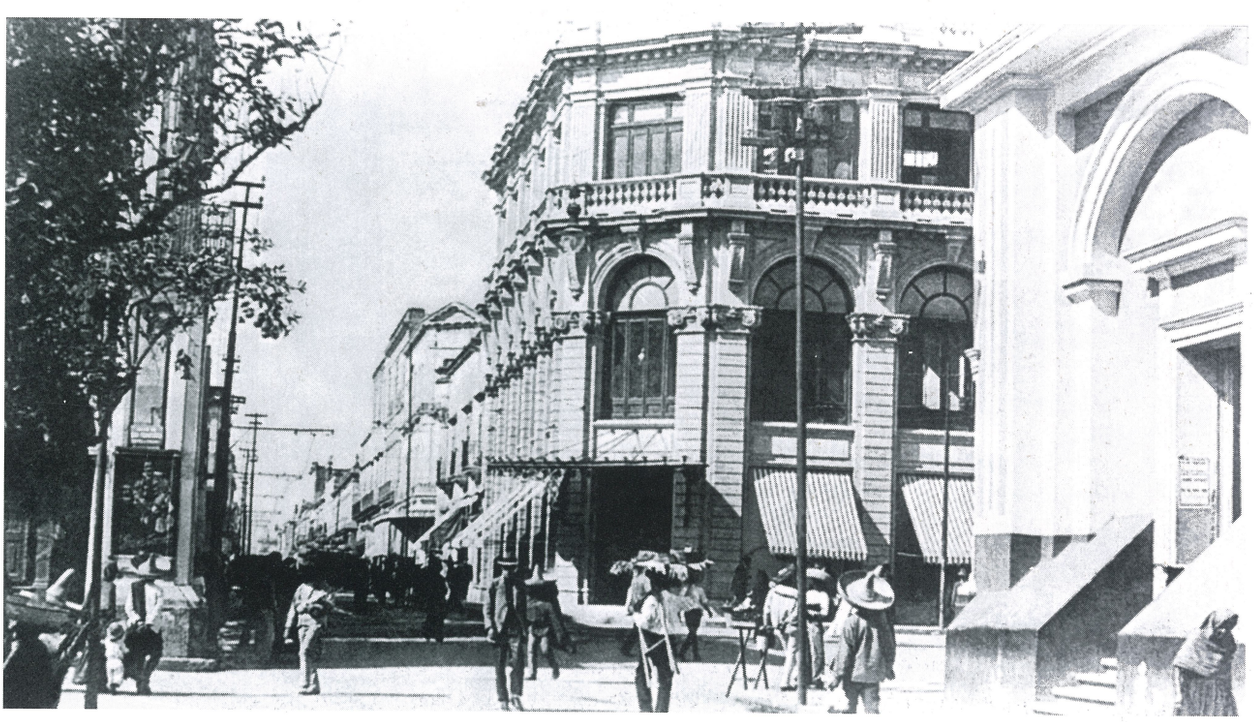
A partir de 1907 Guadalajara contaba con el servicio de tranvías eléctricos para el transporte urbano. Desde ese entonces todas las rutas convergían al centro de la ciudad.

El crecimiento urbano, demográfico y económico que empezaba a experimentar Guadalajara era ya por demás evidente en la década de los años treintas del siglo pasado.

Calle Morelos al sur de la Plazuela de Catedral sobre la cual se encontraban los primeros portales que tuvo la ciudad, los que fueron propiedad de las monjas de Santa María de Gracia. Al frente el edificio donde por algunos años operó el Cine Lux.

Esquina de las calles Morelos y Pedro Loza. Todas estas fincas fueron demolidas cuando se procedió a construir la hoy Plaza Guadalajara, popularmente conocida como de «Los Laureles».

Edificio en el que estuvo instalado el popular Cine Lux donde se proyecto por primera vez en Guadalajara una película con sonido, fue la cinta estadounidense titulada «El Cantante de Jazz», el 25 de octubre de 1929.

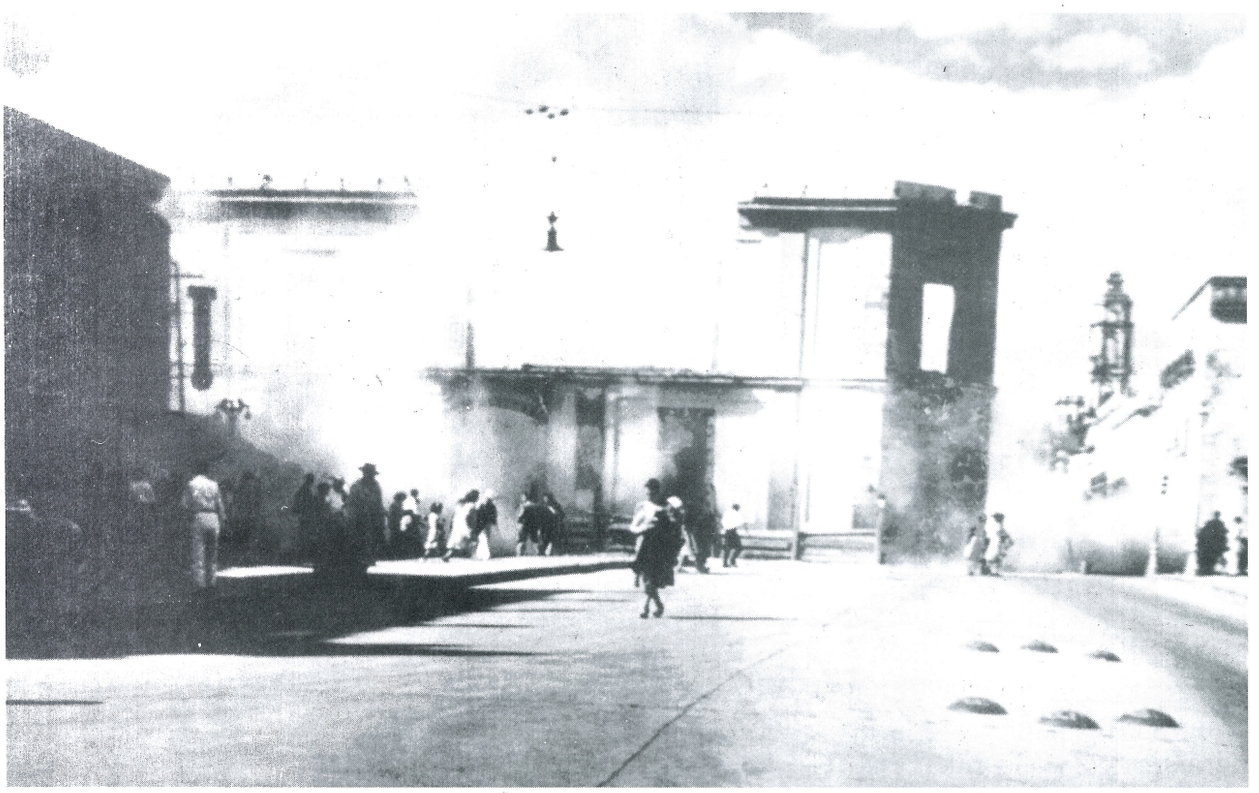


Muy a la usanza de los tapatíos, en la Plazuela de Catedral se instalaba varios días de la semana un «tianguis» en el que se vendía principalmente ropa, costumbre que data del siglo XVIII y que todavía perdura en la mayoría de mercados municipales y zonas comerciales de la ciudad en los primeros años del siglo XXI.

Patio principal del edificio que fue Palacio Episcopal. En la planta baja se encontraban las habitaciones del Obispo, un oratorio y las oficinas de la Secretaría del Arzobispado. En la planta alta estuvo una escuela primaria y de música para monaguillos de Catedral, así como algunas habitaciones para sacerdores.

Escalera en el edificio que fue Palacio Episcopal, el cual fue confiscado a la Iglesia durante la Guerra de Reforma y donado para servicio de la ciudad por el Presidente Lázaro Cárdenas. En los muros del cubo de esta escalera había una pintura al óleo dedicada a la Virgen del Rosario.

Fachada ya remodelada del que fue Palacio Episcopal convertido en sede del Ayuntamiento de Guadalajara en los años treintas del siglo pasado.



El 23 de agosto de 1948 se inició la demolición del edificio que fue Palacio Episcopal y luego ocupado por el Ayuntamiento de Guadalajara, cuando se autorizaron las obras de ampliación de las avenidas 16 de Septiembre y Alcalde.

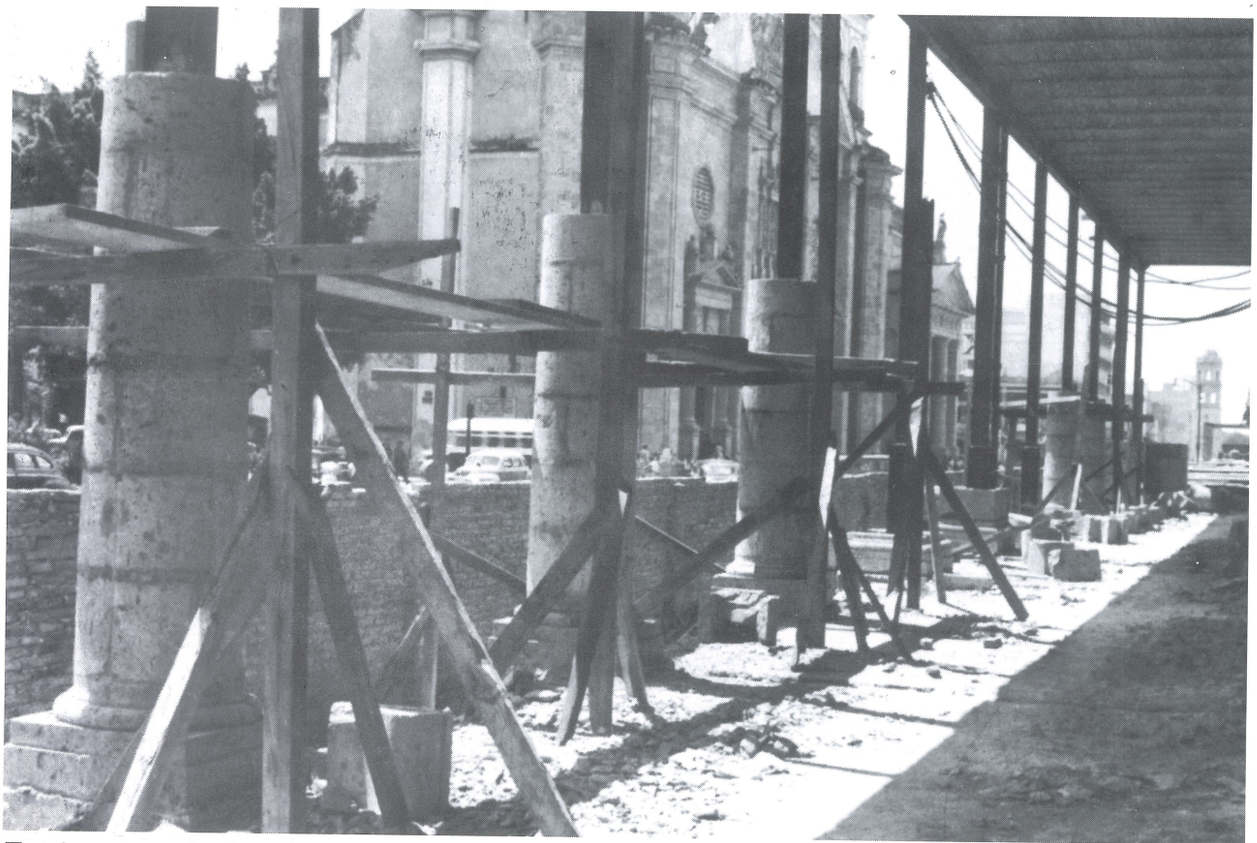
En 1952 se inició la demolición de las fincas que formaban la manzana número 1 del Cuartel Segundo en la capital tapatía, para dar paso a la Plaza Guadalajara o de «Los Laureles».

Vista panorámica de Guadalajara desde la torre norte de Catedral. En primer término el Palacio Municipal, la cúpula de la Merced y al fondo San Felipe Neri.

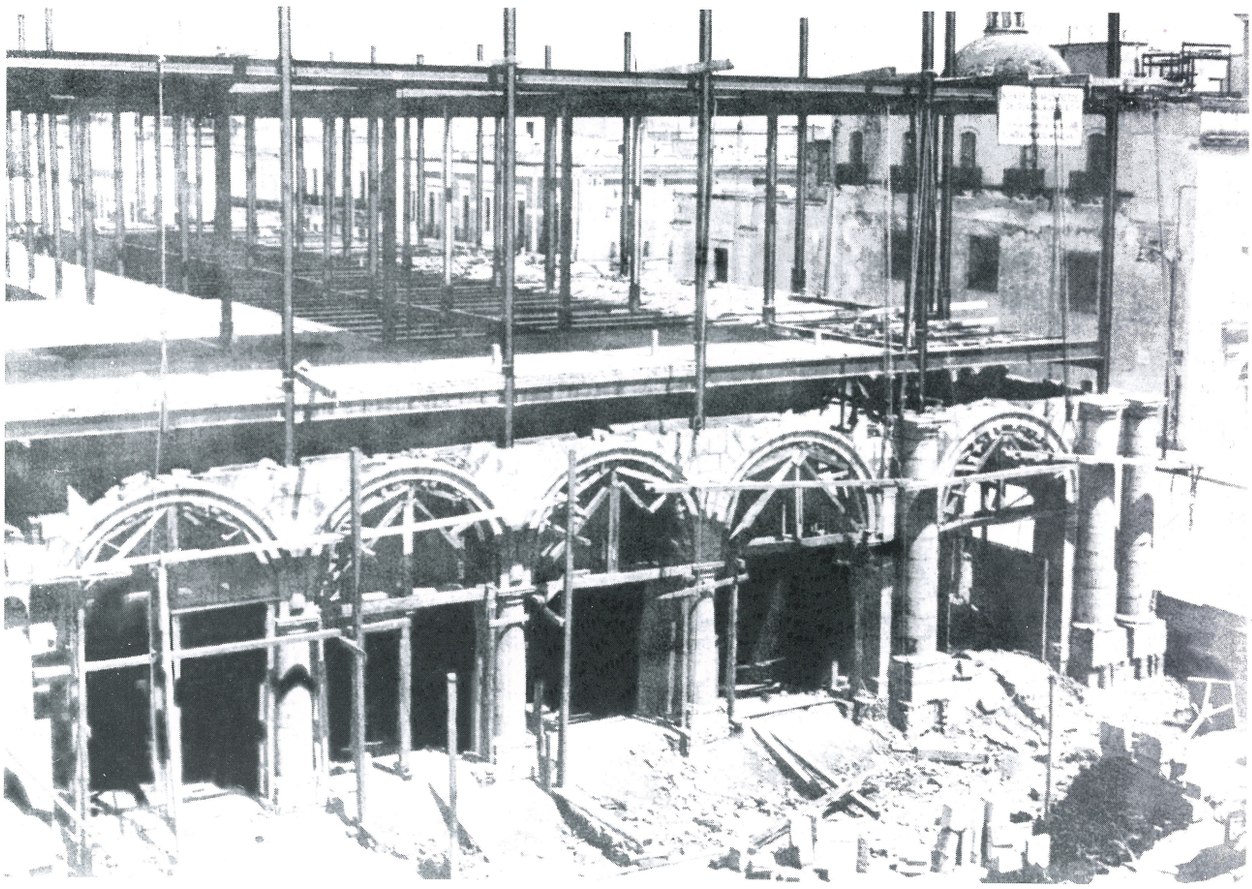
Para 1956 estaba totalmente terminada la Plaza Guadalajara con la cual se complementó la urbanización de la zona alrededor de Catedral.

Plaza Guadalajara vista desde el balcón central del Palacio Municipal.
La capital de Jalisco entraba en franco transformación urbana.

La misma plaza vista desde las torres de Catedral. El tiempo se ha encargado de confirmar el acierto de abrir estos espacios en el centro urbano de la ciudad.



En de mayo de 1949 se empezó la nueva edificación del Palacio Municpal, el cual tuvo un costo de cuatro millones 204 mil pesos, a cargo de la Sociedad de Ingenieros y Arquitectos de Guadalajara, A.C.



La construcción del nuevo y actual Palacio Municipal de Guadalajara se financió en buena parte con la venta de la basura que se recolectaba en la ciudad.

A partir del 19 de diciembre de 1952 se instaló el Ayuntamiento de Guadalajara en su nuevo edificio que actualmente ocupa.

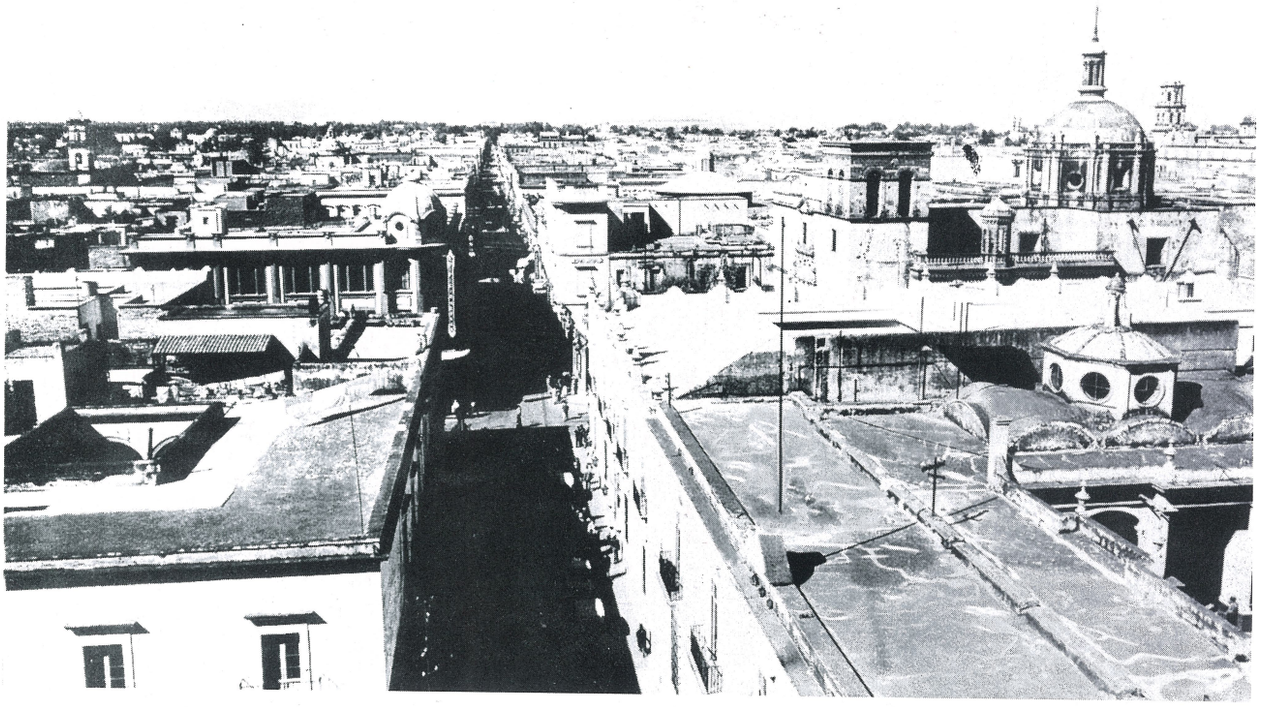
Primer panel del hermoso mural con el tema «La Fundación de Guadalajara», del maestro Gabriel Flores, colocado en el cubo de la escalera de la Presidencia Municipal.

Segundo panel, referente a la lucha en el Mixtón y la caída que finalmente causó la muerte de Pedro de Alvarado.

Tercer panel, referente a la fundación de la cuarta Guadalajara una vez establecida la hegemonía de los españoles sobre los pueblos indígenas.

Bajo la protección y el amparo de los franciscanos, la población indígena de la Nueva Galicia empezó a recibir el Evangelio en lo que fue «La Conquista Espiritual».

En el último panel el maestro Gabriel Flores expresa cómo era recordado cada año a la población el dominio español, a través del paseo del pendón.



Calle Hidalgo, a la derecha la Presidencia Municipal, la finca que ocupó la Casa de Moneda y al fondo el templo de la Merced. A la izquierda las fincas que se derribaron para abrir la Plaza Guadalajara y al fondo el edificio Hernán.

La calle Hidalgo originalmente se llamó Santa María de Gracia y posteriormente La Merced, en el extremo poniente se conoció como de Los Naranjitos.

Al iniciar el siglo XX la calle Hidalgo se caracterizó por ser una importante zona comercial a la cual concurría gran cantidad de tapatíos.

El comercio informal, problema inherente a las grandes ciudades, siempre ha tenido gran auge en toda la zona alrededor del mercado Corona.

El edificio Hernán, en la esquina de Hidalgo y Pedro Loza, frente al templo de la Merced, ha sido una de las construcciones que los tapatíos relacionan mucho con el centro de la ciudad, desde los primeros años del siglo pasado.

El viejo mercado Corona que se observa al lado izquierdo de la fotografía, siempre ha sido importante centro comercial de toda esta zona de la ciudad.

Frente al mercado Corona, la calle Santa Mónica y su continuación: Galena. En la esquina con la calle Hidalgo estuvo el Hotel México, en su tiempo terminal de las diligencias que comunicaban a Guadalajara con la ciudad de México.

Toma fotográfica desde las torres de Catedral en 1950, poco antes de iniciarse la ampliación de la avenida Hidalgo.

Fotografía de 1960 en la que se aprecia la avenida Hidalgo ya ampliada a partir de su cruce con Pedro Loza hacia el poniente.

En 1650 se inició en Guadalajara la construcción de la iglesia consagrada a la virgen de La Merced. Los trabajos se suspendieron por falta de recursos ya que el proyecto inicial era muy ambicioso y fue imposible realizarlo. Setenta años después se reanudó la construcción y para 1743 se instaló la capilla del Señor del Rescate, una de las imágenes veneradas en esta iglesia. Desde entonces este templo es uno de los más concurridos de Guadalajara.

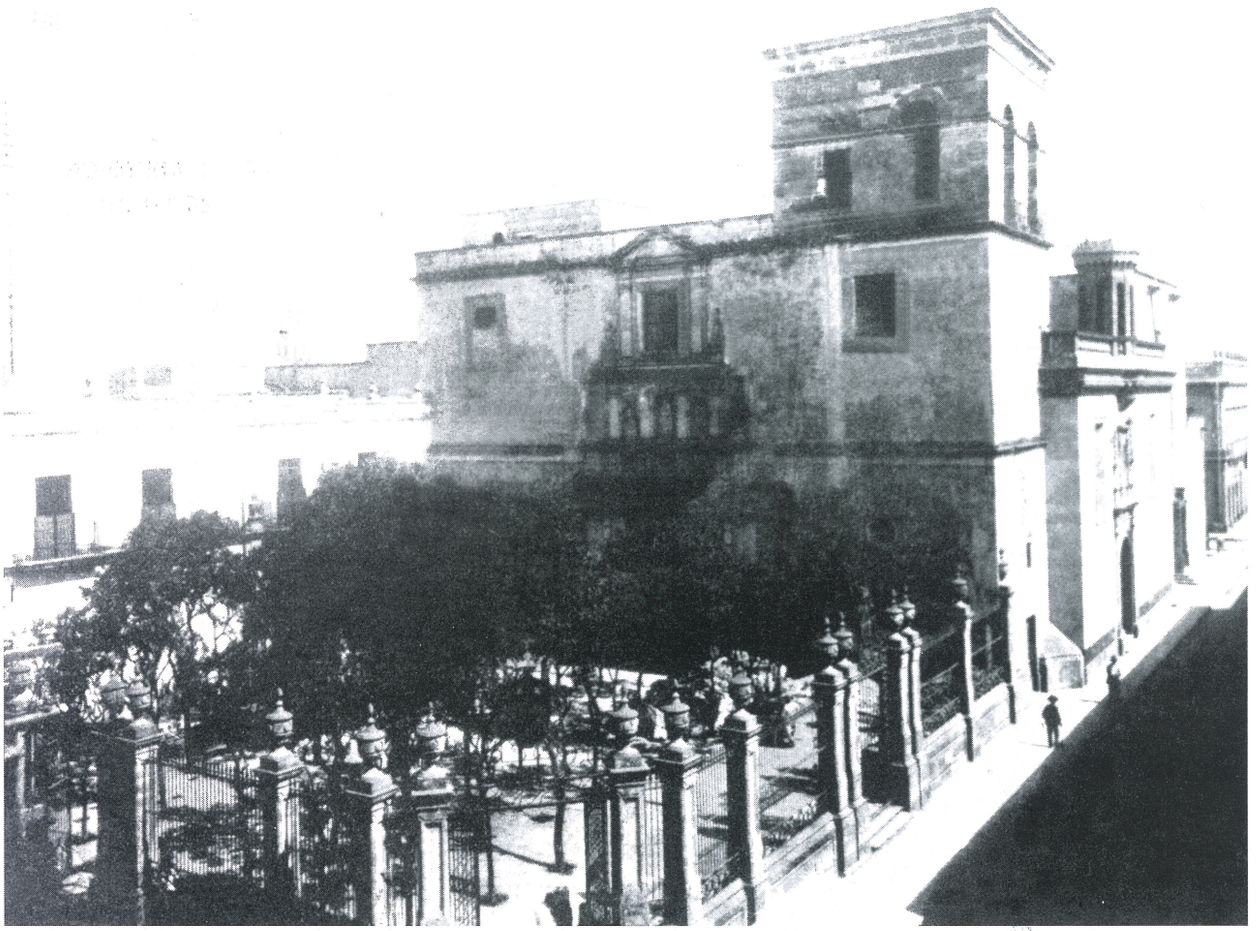
Con la ampliación de la avenida Hidalgo, se redujo en forma considerable el antes amplio atrio de La Merced.

Templo de la Merced, edificio Hernán y Plaza de los Laureles, un rincón muy tapatío en pleno centro de la ciudad.

Fachada del templo de la Merced en 1940.

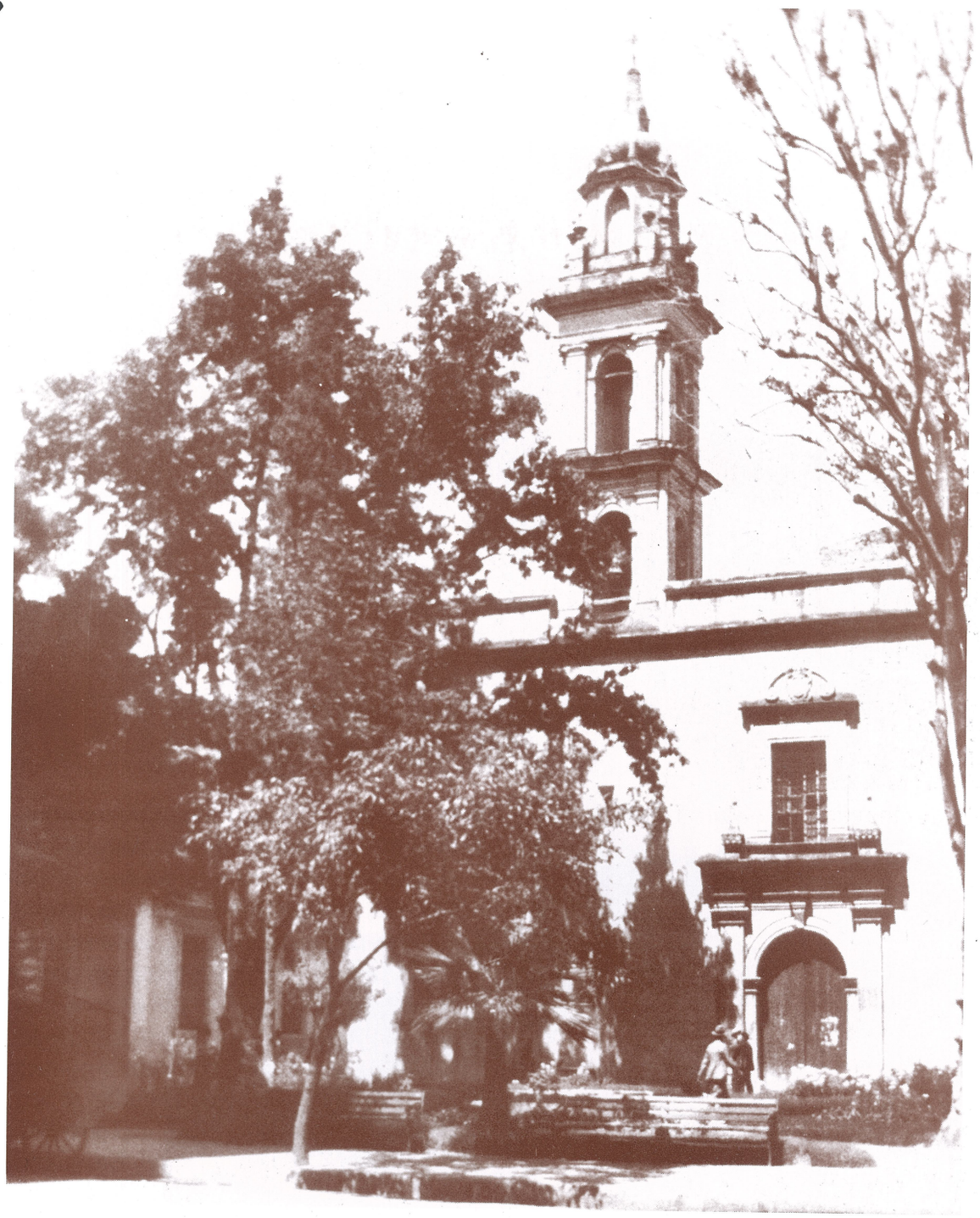
Este es el actual templo de La Merced en donde el 19 de noviembre de 1824 se juró la Constitución Política de Jalisco que lo convertía en Estado Libre y Soberano.

La historia habla de una primera imagen de la virgen de La Merced traída de las islas de Sotavento por el Obispo Fray Francisco de Pareja. De la segunda y actual imagen poco se dice sobre su procedencia.



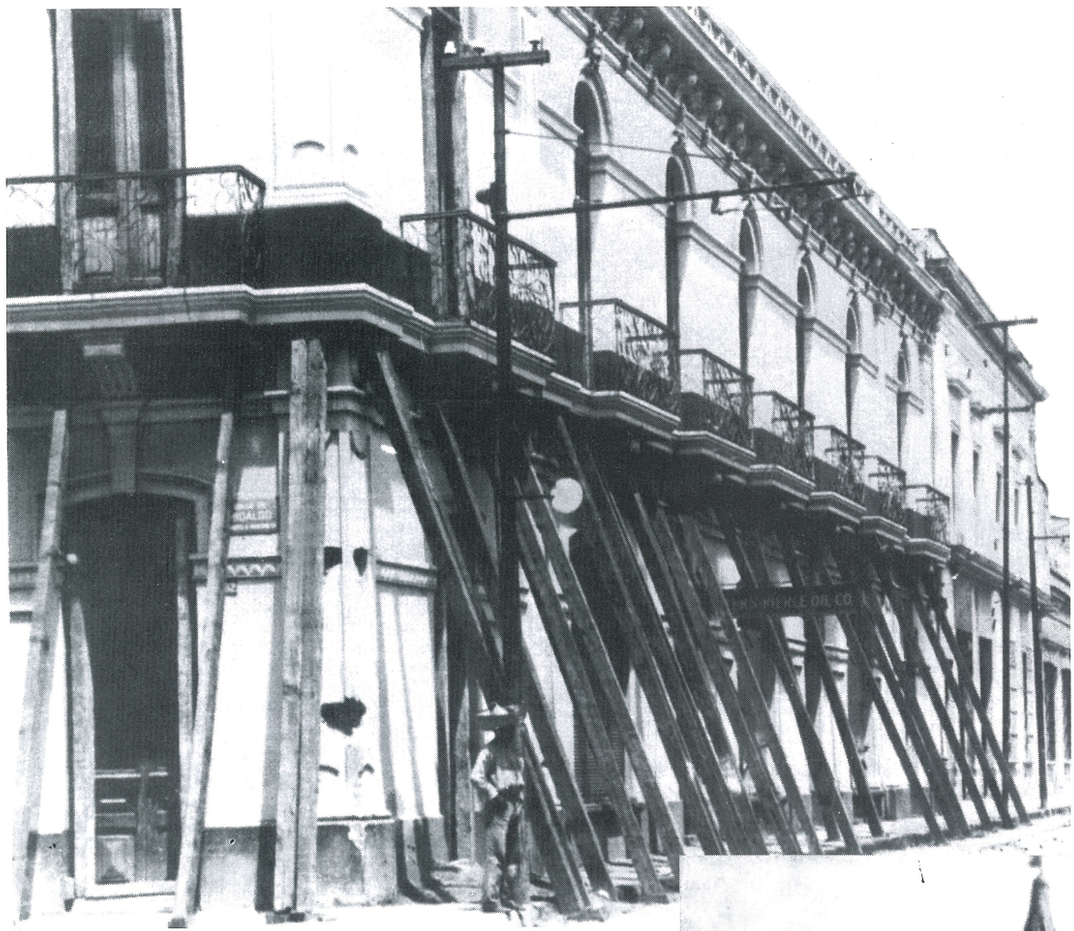
Fotografía del templo de la Merced en el año 1910.

Fotografía del templo de la Merced en el año 1950



La construcción del Santuario de la Soledad data del año 1695 en el cual se instalaron los sacerdotes Oblatos quienes construyeron las casas adjuntas a la iglesia para su residencia. También se instalaron en esta iglesia los padres felipenses quienes tiempo después construirían el templo de San Felipe Neri.

Torre del Santuario de la virgen de la Soledad a quien se encomendó la ciudad de Guadalajara para protegerla de los terribles temblores que continuamente ha padecido.

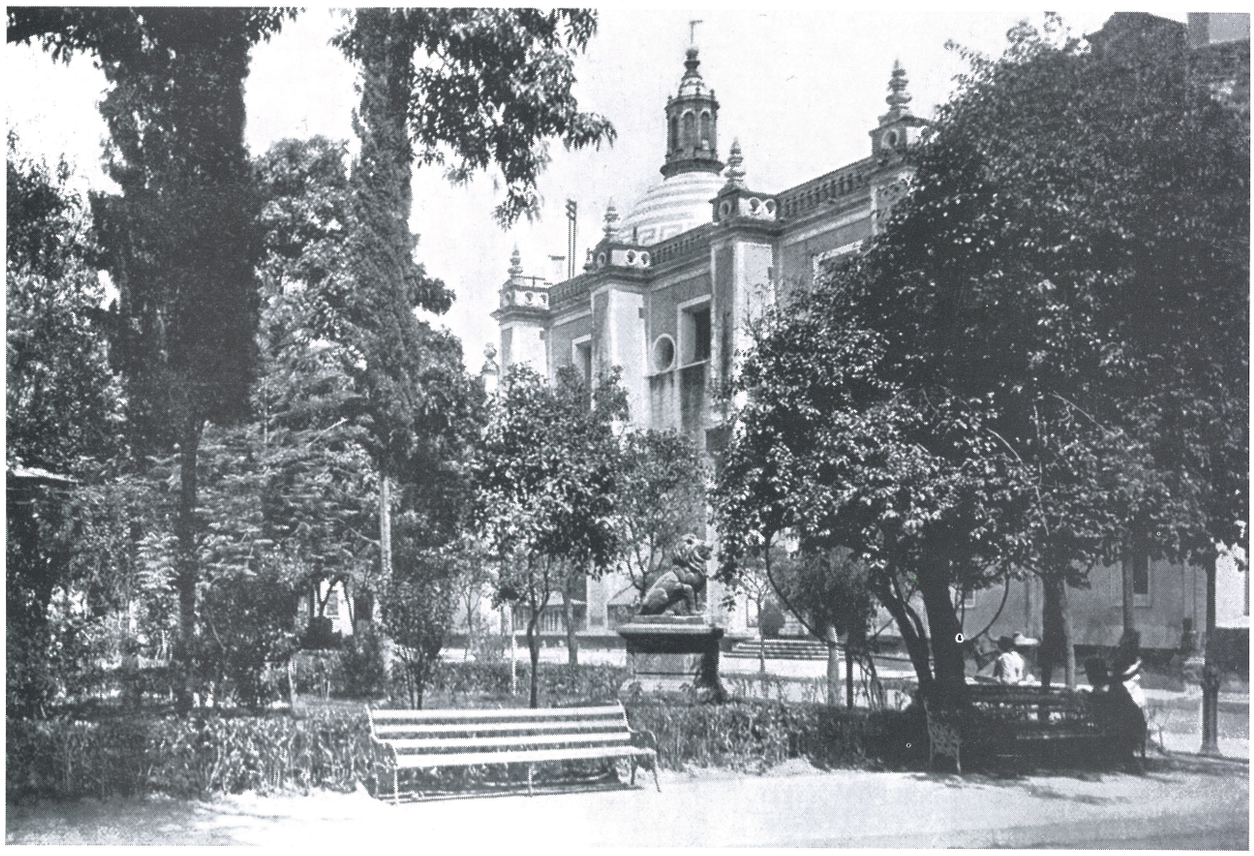


Entre mayo y junio de 1912 se registraron en Guadalajara 65 temblores, fue una de las épocas en que los habitantes de la capital de Jalisco sufrieron en tan corto tiempo tantos fenómenos sísmicos, al grado de que fue necesario apuntalar numerosas fincas ante el peligro de su derrumbe, como la que muestra la presente fotografía la cual estaba ubicada por la calle Hidalgo.

Toma fotográfica del templo de la Soledad desde las torres de Catedral. A la izquierda la antigua avenida Alcalde y al fondo las torres del templo de San José y el Santuario de Guadalupe.

Frente al jardín de la Soledad se instaló lo que fue el primer sitio de carros de alquiler conocidos como «carros de providencia».

En el kiosco del jardín de la Soledad operaron por muchos años los conocidos «evangelistas» que escribían cartas, especialmente de amor, por las que cobraban de 25 a 50 centavos por sus servicios.



Jardín de la Soledad visto desde la avenida Alcalde. A la derecha y al fondo se observa la cúpula de Catedral.

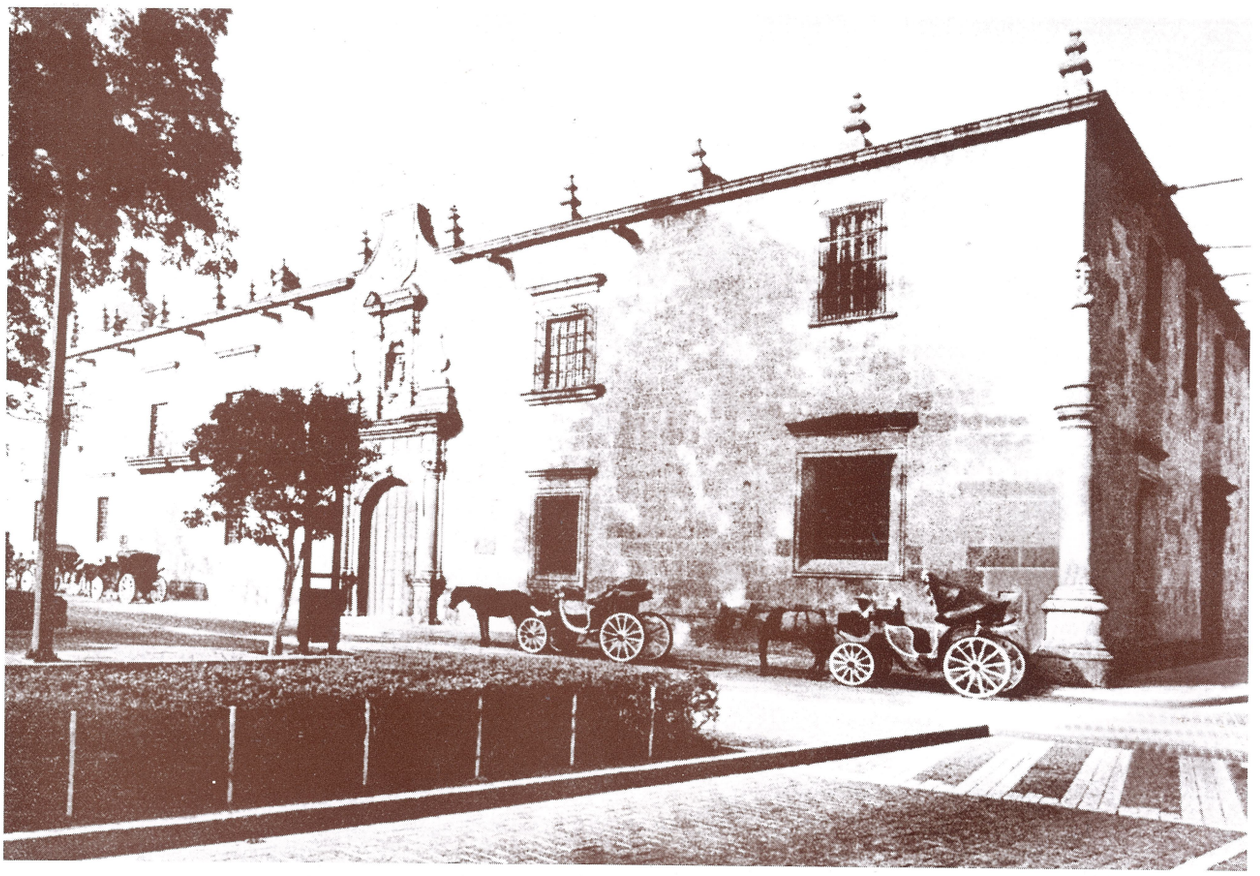
En estas casas construidas por los monjes felipenses estuvieron tiempo después las oficinas de Correos, Telégrafos y Hacienda. Todo desapareció para dar paso a la construcción de la Rotonda de los Hombres Ilustres.

En los años treintas la avenida Alcalde era ya sumamente transitada a la altura del jardín de la Soledad. A la izquierda el edificio de la Presidencia Municipal.

En 1953 se inició la construcción de la Rotonda e los Hombres Ilustres, contiene 98 urnas destinadas a guardar los restos de jaliscienses esclarecidos

Diecisiete columnas estriadas colocadas en formas circular y una lámpara votiva al centro forman el altar a los hijos distinguidos.

Este edificio fue construido para alojar al Seminario Conciliar de San José, lo cual ocurrió de 1699 a 1860. Durante la Guerra de Independencia, en noviembre de 1810, sirvió de cuartel a las tropas insurgentes al mando de José Antonio «El Amo» Torres. También sirvió como cárcel donde se recluían a los españoles oponentes a la causa liberal.



Este bello edificio se empezó a construir en mayo de 1696 por órdenes del Obispo Felipe Galindo Chávez y Pineda, para alojar al Seminario Conciliar de Señor. San José.

Así lució durante algún tiempo el patio principal del Museo Regional de Guadalajara.

De 1821 a 1846 nuevamente volvió a ser ocupado este edificio por el Seminario ya que durante la Guerra de Reforma pasó a poder del gobierno federal.

En 1863 se instaló en la planta alta de este edificio la Bibliotéca Pública del Estado, por órdenes del Gobernador Licenciado Luis L. Vallarta.

También a partir de 1863 se instaló en la planta baja de este edificio el Liceo para Varones así como la Escuela Normal de Varones. El Liceo cambió su sede en 1914 al colegio que fue de los felipenses para convertirse en la ahora Escuela Preparatoria de Jalisco. La Normal de Varones también salió para ocupar otros edificios.

Planta alta donde estuvo instala la Biblioteca Pública del Estado de 1863 a 1874 fecha en que fue trasladada a la parte oriente del edificio, en la planta baja.

En este edificio estuvo el Seminario Mayor de Guadalajara entre 1895 y 1914 cuando pasó a poder del gobierno que lo destinó para instalaciones militares.

A partir de 1918 este edificio se destinó para sede del Museo Regional de Guadalajara.

Con toda una larga historia, este magnífico edificio que ha conocido de la vida de los tapatíos por largos trescientos años y es testigo de sus luchas y esfuerzos por ser una sociedad de convicciones firmes ha sido partícipe siempre de hechos notables y trascendentes como lo es la educación y la cultura. Podemos decir que nunca ha desviado la ruta de su destino desde que abrió sus puertas por primera vez, siempre ha servido para albergar instituciones que de alguna forma se han visto reflejadas en el desarrollo cultural de la ciudad. Por muchos años fue un centro de desarrollo intelectual, característica ésta que al iniciar el siglo XXI ya no es muy reconocida por las nuevas generaciones dado que pese a contar entre su acervo con una importante e interesante pinacoteca, así como algunas piezas arqueológicas, el mayor espacio está dedicado a almacenar cosas viejas, que no de valor. La actividad cultural es prácticamente nula ya que pese a tener espacios para presentar conferencias, organizar cursos, montar exposiciones, sólo algunos turistas desvalagados acuden en busca de algo que no existe, digamos que el muy respetable Museo Regional de Guadalajara está sumido en el olvido y el abandono.

El hoy Museo Regional de Guadalajara, magnífico edificio de gran linaje y brillante historial, es digno de un mejor destino.

Panorámica de Guadalajara tomada desde la parte alta del Hotel Fénix, antes de que se iniciara la transformación del centro urbano de la ciudad.

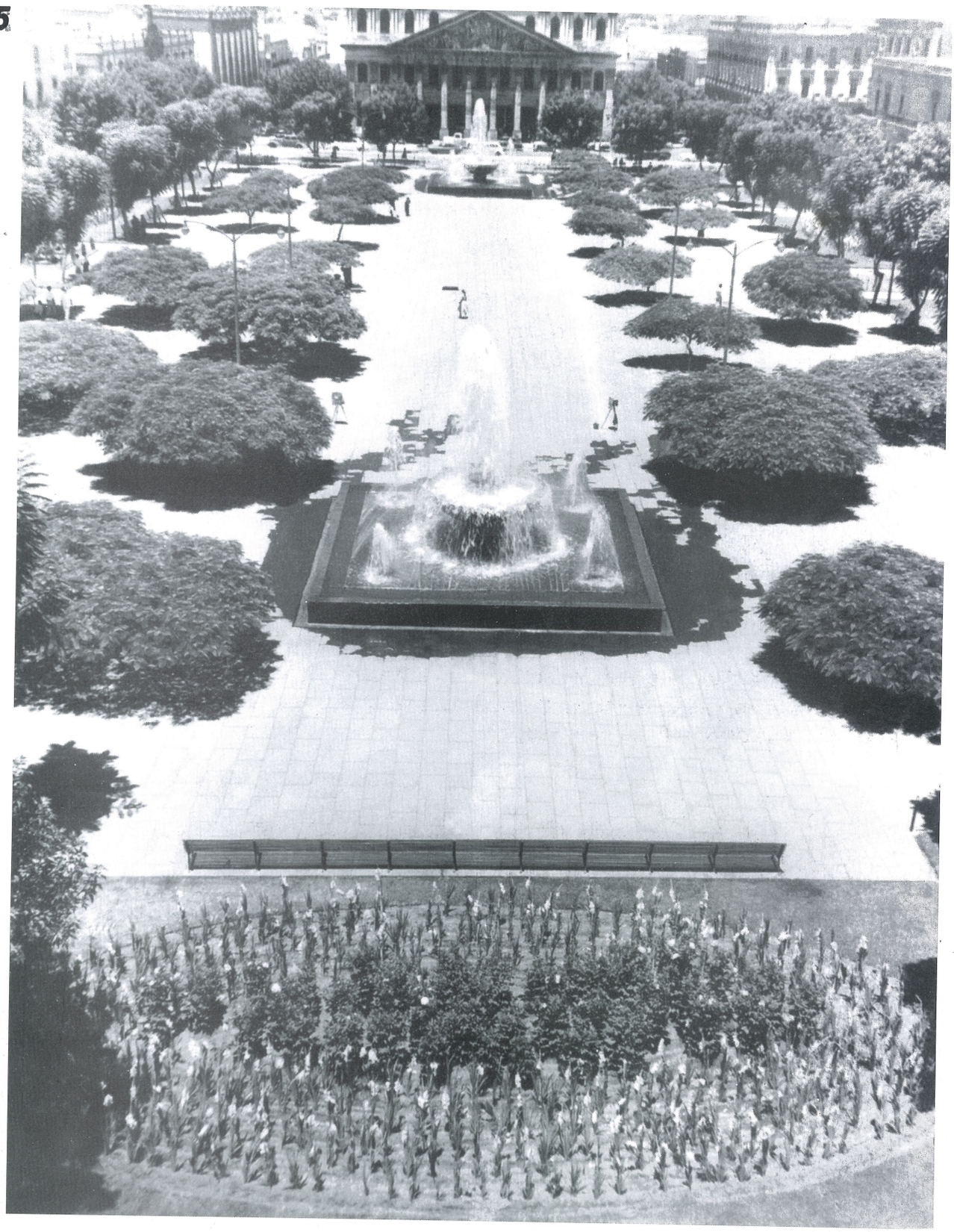
A partir de 1948 se inició la construcción de la Plaza de la Liberación en el espacio formado por dos manzanas comprendidas entre Catedral y el Teatro Degollado.

La parte posterior de Catedral tuvo que ser sometida a una completa restauración luego de que fueron demolidas las fincas ubicadas en esa zona y dejaron al descubierto la pobreza en la construcción de la principal iglesia de Guadalajara.

Perspectiva que presentó la zona, vista desde la calle Morelos, a la altura del Teatro Degollado, antes de la apertura de la Plaza de la Liberación.

Terminada la obra hubo un cambio radical.

Estas dos panorámicas hacia el poniente y al oriente de la Plaza de la Liberación, muestran la importancia que tuvo la obra para el desarrollo del centro urbano de la ciudad.



Terminada su construcción en 1952 esta plaza ha sido para los habitantes de Guadalajara una justificada obra por lo que a desarrollo urbano de la capital jalisciense se refiere.

Testigos de la historia de nuestra ciudad son estos hombres, reducto de mejores tiempos en una Guadalajara que sabía de aspiraciones y anhelos.